

EL PRECIO DE GANAR

confesiones de un trader sin piedad



JULIÁN RODRÍGUEZ

**EL PRECIO DE GANAR:
CONFESIONES DE UN TRADER SIN
PIEDAD**

Julian Rodríguez

CONTENIDO

PRÓLOGO

- **Por qué escribo este libro**
- **Lo que nadie te dice del trading**

Parte I: El Inicio del Camino

Capítulo 1: Quién era antes del trading

Capítulo 2: La promesa de libertad y dinero fácil

Capítulo 3: Mi primera cuenta y la primera caída

Parte II: El Infierno del Trader

Capítulo 4: Cuentas rotas, sueños rotos

Capítulo 5: El precio oculto: ansiedad, deudas y soledad

Capítulo 6: Mentores, cursos y mentiras que compré

Parte III: Punto de Quiebre

Capítulo 7: El día que casi lo dejo todo

Capítulo 8: Lo que descubrí del 90% que pierde

Capítulo 9: El momento en que entendí el juego

Parte IV: El Renacer

Capítulo 10: Construyendo disciplina y control mental

Capítulo 11; El poder de la paciencia y la gestión del riesgo

Capítulo 12: Pequeñas victorias, grandes lecciones

Parte V: Mi Filosofía Hoy

Capítulo 13 Trading: más que dinero, una guerra interna

Capítulo 14: Lo que me llevó del caos a la consistencia

Capítulo 15: El legado: lo que quiero dejar a los nuevos traders

Prólogo

- **Por qué escribo este libro**

Cuando tenía 17 años no tenía ni un computador. Mientras otros soñaban con la universidad, con carros o con una vida “normal”, yo pasaba horas pegado a la pantalla de mi celular viendo videos en YouTube de gente que decía ganar miles de dólares en trading. Estaba sembrada en mí, una chispa quemaba desde dentro: no quería vivir una vida común. No quería el camino seguro que ofrecían desde niño: estudiar, trabajar, jubilarse y morir.

Pero el camino que había elegido no era fácil. No tenía ni dinero, ni un mentor, ni siquiera las herramientas básicas que necesitas para hacer trading. Así que cada vez que quería practicar o aprender más, me iba a un café internet, gastando lo poco que tenía en pagar horas de conexión, mirando gráficas en pantallas ajenas, convencido de que ese era el precio que tenía que pagar para escapar del destino que me ofrecía la vida común.

En ese entonces, estudiaba ingeniería civil, trabajaba haciendo Uber para sobrevivir, pero el trading me absorbía. Era una promesa: la promesa de libertad, de control, de poder. Y me lancé con todo... hasta que el mercado me partió en dos.

Mi primera gran caída fue brutal. No hablo de perder unos ahorros adolescentes. Hablo de quebrarme con 100.000 dólares: dinero de inversionistas que habían confiado en mí, un chico con hambre pero con más ego que experiencia. El día que lo perdí todo, sentí que la vida se me apagaba. Tuve pensamientos oscuros. No solo había perdido dinero, también había perdido la confianza de otros, el respeto... y mi propia dignidad.

Después de eso, me convertí en un fantasma. Decidí alejarme de todos: familia, amigos, pareja. Me hundí en el trading como si fuera mi castigo. Pasaba noches sin dormir, horas frente a la pantalla, y cuando no podía más, me refugiaba en Netflix para no pensar. Estaba roto. Pedí dinero prestado, volví a perder, y cada caída me hundía más en la desesperación.

Una noche quedó tatuada en mi memoria: 3 de la mañana, la pantalla brillando en mi cara, y yo gritando de rabia por haber quemado otra cuenta. Ese fue mi fondo. Mi fractura. Ahí la mayoría se habría rendido. Yo no lo hice. No porque fuera más fuerte que nadie, sino porque, en el fondo, sabía que no estaba tan lejos. Sabía que tenía lo necesario, pero aún no lo había demostrado. Y esa convicción me mantuvo de pie.

Me tomó un año y medio retirar mi primer dinero real, y casi dos años para alcanzar consistencia. No fue magia, no fue suerte. Lo que cambió fue mi mentalidad. Dejé de buscar atajos, cambié mis hábitos, mis relaciones, mi manera de ver el dinero. Aprendí que el trading no se trata de estrategias secretas ni de patrones milagrosos, sino de gestión, paciencia y carácter.

Hoy, después de seis años en este campo de batalla, puedo decir que sobreviví. Fundé Elite Academy, una academia que nació con la visión de enseñar trading real: sin bots, sin plantillas, sin fórmulas fáciles. Más de 5.000 alumnos ya han retirado dinero del mercado, y verlos cumplir sus sueños me confirma que este camino tenía un propósito más grande que mi propia historia.

Y por eso escribo este libro. Porque quiero que entiendas lo que realmente es el trading.

No es un hobby.

No es un ingreso extra.

No es un atajo a la riqueza.

Es una guerra contra ti mismo. Y si entras esperando comodidad, el mercado te va a arrancar la piel y escupirte sin piedad.

Este no es un manual técnico ni un curso barato disfrazado de libro. Es mi historia: con sus quiebras, sus noches de mierda, sus gritos a las tres de la mañana y sus victorias arrancadas a sangre fría.

Si después de leerlo aún quieres lanzarte al mercado, entonces bienvenido: este es el infierno donde solo los que aguantan aprenden a vivir.

● Lo que nadie te dice del trading

Yo no empecé en el trading con un computador gamer, varias pantallas y un escritorio elegante, empecé con un celular barato y la promesa de que podía ganar dinero copiando y pegando señales.

Recuerdo muy bien que un broker me regaló un bono de 30 dólares, y me hicieron creer que con eso iba a poder retirar ganancias. Pasaba noches enteras despierto, hasta las dos o tres de la mañana, con los ojos rojos, mirando cómo el gráfico se movía centavo a centavo. Esperando ganar un dólar. Un dólar que jamás iba a retirar porque el bono no era una oportunidad: era un anzuelo.

En ese tiempo vivía en Fontibón, un barrio donde salir a la calle ya era un riesgo. Una noche me robaron el celular. Para cualquiera es un golpe, pero para mí fue peor: era perder mi única herramienta para aprender. Me quedé sin nada. Ahora estaba sin celular, sin computador, y sin dinero... pero no sin hambre. Porque tenía algo más poderoso que todo lo que me faltaba: la obsesión por no vivir una vida normal.

Cuando entré a estudiar ingeniería civil, la realidad me obligó a rebuscármela trabajando en Uber. Lo poco que ganaba lo invertía en otra cosa: tiempo en un café internet. Ahí me sentaba, pagando por cada hora, a repetir videos de YouTube en los que supuestos "gurús" mostraban cómo se hacían ricos en cuestión de minutos.

Yo pausaba, anotaba, regresaba. Volvía a mirar. Una y otra vez y no me importaba que los demás entraran allí a jugar o a perder el tiempo: yo estaba con un propósito. Sentía que, si aguantaba lo suficiente, ese mercado un día me iba a soltar.

El humo que tragué

En mi camino caí en todo: opciones binarias, señales, bots, copys, plantillas. Compré cursos baratos que no me sirvieron y cursos caros que tampoco. Recargaba dinero en las plataformas, perdía, volvía a recargar. La misma historia repetida una y otra vez.

Me vendieron el sueño de que el trading era dinero rápido. Que con una “estrategia secreta” podía doblar la cuenta en una semana. Que solo necesitaba la fórmula correcta. Y yo me lo creí todo, porque lo que quería no era aprender: lo que quería era salir ya de la vida que me tocó. Yo no quería estudiar cinco años una carrera que no amaba.

No quería vivir contando monedas para el bus.

No quería ver a mi mamá partirse el alma para estirar lo poco que había en la casa.

No quería esa vida.

Yo quería escapar.

Por eso me aferraba a cada promesa como si fuera un salvavidas.

Cada curso, cada mentor, cada señal que compraba... era la ilusión de que “esta vez sí”. Y cada vez que fallaba, cada vez que perdía, cada vez que quemaba otra cuenta, sentía que La vida me gritaba en la cara:

“No eres suficiente.”

Ahí estaba yo: un pelado de barrio, endeudado, con los zapatos rotos y la autoestima hecha pedazos. Noches enteras viendo velas subir y bajar, como si de ellas dependiera mi valor. Tres de la mañana, solo en mi cuarto, preguntándome si todo esto tenía sentido.

¿Vale la pena seguir?

¿O sería más fácil desaparecer?

Recuerdo una noche en particular. Lloré en silencio para que nadie me escuchara. Lloré de impotencia, de rabia, de miedo. No era solo el dinero perdido; era la vergüenza de fallar una y otra vez. Era la frustración de mirar a los ojos de mi madre y ver en ellos una desilusión más, sabiendo que no podíamos vivir bien.

Lo que nadie te dice del trading es que no solo pierdes dinero; pierdes pedazos de ti mismo en cada caída. Te rompe por dentro. Te hace sentir la persona más inútil del mundo.

Y, sin embargo, ahí estaba yo, aferrado a un sueño que parecía reírse en mi cara cada madrugada.

De todo lo que pagué, solo rescato a un mentor. El único que me enseñó a entender el mercado y no a seguirlo como un robot. Todo lo demás fue humo.

La factura invisible

Lo que nadie te cuenta del trading es la **factura que pagas por dentro**. No son solo números rojos en la pantalla; es la sangre invisible que dejas en cada caída. Es esa depresión silenciosa que se mete en tu cuerpo como un huésped indeseado cuando ves que nada funciona, cuando te comparas con otros y sientes que vas mil pasos atrás.

Es el insomnio: acostarte con la cabeza hecha un maldito remolino, repasando una y otra vez una operación perdida, deseando tener una máquina del tiempo para no darle click a ese botón... aunque sabes que ya no puedes cambiar nada.

Es una vergüenza que cargas en silencio. Como aquella vez de ir a la universidad con los zapatos rotos, bajando la mirada para que nadie notara las grietas porque no había dinero para comprar otros. Es morderte la lengua cuando te preguntan “¿y cómo va lo del trading?” y solo tienes ganas de gritar que no va, que estás reventado por dentro.

Es el aislamiento brutal: apartarte de todos para perseguir un sueño que ni siquiera tú sabes si existe, un sueño que nadie entiende y que todos critican.

Pero lo más duro no es lo que pierdes en la cuenta bancaria, sino lo que pierdes en ti mismo: la confianza, la fe, esa voz interna que antes te decía “puedes” y ahora te susurra “fracaso”.

El trading, cuando no tienes paciencia ni control, se convierte en un espejo de tus peores miedos. Te muestra tu falta de disciplina, tu ansiedad, tu ego inflado y tu necesidad de validación. Y esa factura se paga en soledad, en lágrimas escondidas y en la sensación de estar librando una guerra que nadie más ve.

Lo que descubrí

Con el tiempo entendí lo que nadie me dijo:

- No hay estrategia perfecta. Lo que importa es el trader que se adapta.
- El gráfico no te hace rentable. Tú te haces rentable.
- Antes de perder dinero, pierdes otra cosa: tu paz, tu confianza, tu autoestima.

Mucha gente me pregunta si el trading destruye más vidas de las que construye. Y mi respuesta es clara:

El trading no destruye nada.

El que se destruye es el que entra buscando dinero rápido.

El que entra buscando transformarse, ese sí encuentra algo que vale la pena.

¿Por qué fracasa el 90%?

Porque solo buscan dinero.

Porque no soportan esperar.

Porque no tienen reglas, solo hambre.

Porque creen que el problema está en la pantalla y no en el espejo.

Yo mismo lo viví. Me obsesioné con el gráfico, con la “entrada perfecta”, con tener razón. Todo menos mirar mi verdadera relación con el dinero.

Mi visión real

Si tuviera que resumirlo en una frase, diría:

“El trading es el lado oscuro del dinero fácil.”

Brilla, seduce, pero te cobra caro.

Para mí hoy, el trading no es un hobby ni un juego. Es un negocio. Y como todo negocio, si no sabes cómo funciona, nunca va a facturar.

La gente cree que el trading va a resolverles la vida. Yo aprendí lo contrario:

Primero resuelves tu vida. Y entonces el trading empieza a darte resultados.

Parte I: El Inicio del Camino

12 de febrero de 2016.

Desperté otra vez en esa habitación en Fontibón. Una sola pieza para los dos, mi mamá y yo. ambos en el piso. Toda la ropa apilada en una mesa de noche vieja, sin clóset, sin espacio. El barrio San Pedro seguía igual: peleas, borrachos, motos a toda hora. Esa madrugada me levanté con rabia porque hasta durmiendo uno sentía que estaba jodido. Recuerdo que me decía: *“¿Será que algún día salgo de aquí o me voy a quedar atrapado como todos?”*

Mi papá ya no estaba. Se había ido a hacer otra familia. Yo lo odiaba. Lo odiaba porque sentía que nos había abandonado, que no fuimos suficientes. Y para rematar, había terminado con mi primer amor. Ese dolor me hizo sentir más vacío todavía.

En la universidad todo iba mal: materias perdidas porque ni siquiera tenía calculadora. Sentía vergüenza de llevar comida en el portacomidas, porque mis compañeros sí tenían para pagar el almuerzo. Yo me quedaba callado, aguantándome las burlas. Ese mismo día, el jugo de banano que mi mamá me había empacado se me estalló en el bus. Llegué a la universidad oliendo horrible, todo manchado. La gente me miraba raro, y yo solo quería desaparecer.

Por fuera parecía otra historia. En la universidad todos me conocían. Yo hablaba con todo el mundo, parchaba en los pasillos, me reía. Hasta me decían “mi propio jefe” porque sabían que andaba metido en ese cuento del trading y de ser emprendedor. Sonaba chimba, ¿no? Pero por dentro me estaba pudriendo.

La verdad era que yo no me sentía un jefe de nada. Me sentía un perdedor disfrazado. Mientras ellos hablaban de sus viajes a la playa, de sus carros, de las fiestas que tenían planeadas para el fin de semana, yo estaba contando monedas para el bus. Y lo peor es que yo mismo me convencía con frases baratas tipo: “Tranquilo, algún día vas a estar mejor.” Pero ese “algún día” dolía como un putazo en la cara cada vez que me miraba en el espejo.

Sí, hablaba con todos, me reía, jodía, pero por dentro me ardía la envidia. Y no era una envidia sana, era de la fea, de la que te corroe el alma. Los veía llegar con ropa nueva y yo con la misma chaqueta heredada. Los veía subir fotos en Instagram en viajes con sus novias, y yo ahí, encerrado en el café internet quemando cuentas.

Un día en clase, uno de mis amigos sacó su celular nuevo, lo puso sobre la mesa y dijo: —Parce, vea el último iPhone que me trajeron.

Y yo solo sonreí, como si no me importara. Pero por dentro, esa escena me taladró el pecho.

Todos alrededor lo alabaron, lo tocaron, se rieron. Yo solo lo miré, con una sonrisa falsa, y por dentro me decía: *“gonorrea, yo ni para comprarme un almuerzo tengo.”*

El título de “mi propio jefe” se volvió un chiste pesado. Porque en el fondo me preguntaba: ¿jefe de qué? ¿De mis pérdidas? ¿De mis frustraciones? ¿De mis cuentas quemadas? Esa vaina se volvió una máscara: por fuera el parcerito extrovertido que soñaba en grande, por dentro un man vacío, lleno de resentimiento, con ganas de llorar todos los días.

Y lo más hijueputa era esto: yo no envidiaba tanto las cosas materiales, sino la paz que parecía que ellos tenían. Esa tranquilidad de no tener que pensar cómo pagar el pasaje, de no tener que estudiar en un computador viejo rodeado de niños jugando en un café internet, de no tener que esconderle a la gente que comíamos arroz con huevo cinco días seguidos porque no había más.

Cada vez que me decían “mi propio jefe”, yo sonreía. Pero por dentro pensaba: *“si ustedes supieran que me acuesto llorando todas las noches porque siento que nunca voy a salir de esta vida de mierda.”*

Conocí a un man de mi edad. Tenía carro, ropa nueva, viajes. Yo, mientras tanto, con la misma chaqueta vieja de mi hermana que me quedaba corta. Cada vez que salíamos, él me invitaba algo de comer. Y aunque se supone que eso es un gesto bonito, a mí me dolía. Me dolía aceptar porque yo no tenía ni para una empanada. Ese día, mientras caminábamos, pensé: *“hijueputa, ¿cuándo me voy a ver bien yo?”*

Un día cambió algo. Encontré un video en YouTube de un canal que se llamaba *Millonarios Jóvenes*. Hablaban de trading, de libertad, de ser millonario desde el computador. Esa noche no dormí. Me imaginé viajando, dándole una casa digna a mi mamá, viéndome limpio, con ropa buena. El problema era obvio: no tenía computador. Así que me tocaba ir a un café internet. Me sentaba en esos computadores viejos, con teclados pegajosos, rodeado de chinos jugando. Me daba tristeza estar ahí, pero también sentía que estaba descubriendo mi salida. No entendía nada, pero sentía que ahí estaba la clave. Me decía a mí mismo: “esto es lo que hacen los ricos, lo que nadie nos enseña”. Y mientras todos a mi alrededor perdían el tiempo, yo estaba convencido de que había encontrado oro.

La primera vez que intenté “hacer trading” ni siquiera sabía cómo abrir una cuenta. Todo estaba en inglés, me pedían datos que no entendía. Sentí frustración, pero no me rendí. Volvía cada día al café, gastando lo poco que tenía. Me dolía el estómago de hambre, pero prefería estar frente a esa pantalla vieja que en cualquier otro lugar.

A veces salía de ahí con los ojos rojos, caminando de regreso a mi casa con una mezcla rara de vergüenza y esperanza. Vergüenza porque era consciente de lo pobre que era, de lo lejos que estaba de la vida que soñaba. Esperanza porque, por primera vez en años, tenía una chispa dentro que me decía: “este es el camino”.

3 de junio de 2017.

Era mi cumpleaños. No hubo fiesta, ni velas, ni amigos. Solo mi mamá y yo. Ese día me dijo que me iba a llevar al centro de Fontibón. Caminamos entre calles llenas de gente, con música de tiendas sonando, con los buses pasando y el humo de las fritangas mezclado en el aire. Yo sabía que no teníamos dinero, pero ella tenía guardado algo.

Entramos a una tienda pequeña, de esas que exhiben los tenis en la pared como si fueran trofeos. Yo los vi de inmediato: unas Nike Air Force One blancas. No eran el último modelo, pero para mí brillaban como si fueran diamantes.

Mi mamá preguntó el precio y supe, por la manera en que apretó los labios, que era más de lo que podía gastar. Aun así, los pagó. Yo no dije nada, solo los miré y los abracé con los ojos. Era el mejor regalo que había recibido en mi vida, no por lo que eran, sino porque sabía lo que costaba para ella.

Al día siguiente fui con ellos a la universidad. Los usaba con orgullo, eran mi única prenda nueva en años. Pero un grupo de supuestos amigos se burló:
—¿Y esos tenis? ¿no tenés más?

Me reí como si no me importara, pero por dentro me derrumbé. No se estaban burlando de los tenis, se estaban burlando del sacrificio de mi mamá, de esas horas que ella había pasado ahorrando para darme algo digno.

Esa noche, mientras mi mamá dormía, me tiré en el piso frío de mi cuarto y lloré en silencio. Lloré de rabia, de impotencia, de dolor. Con los tenis al lado mío, todavía con ese olor a nuevo, pero con el corazón destrozado.

Hoy, gracias a Dios, tenis me sobran. Los tengo de todos los colores, marcas y estilos. Pero te voy a ser sincero: ninguno se siente como esas Nike que mi mamá me compró en Fontibón. Ninguno lleva tanto amor y tanto sacrificio en cada paso.

Me estaba aislando cada vez más. Ya no quería salir, no quería perder tiempo en cosas que no me aportaron nada. Mientras mis amigos pensaban en fiestas, viajes y novias, yo solo pensaba en gráficos, en velas japonesas, en entender cómo carajos funcionaba ese mundo que había descubierto. Me encerraba en el café internet de Fontibón durante horas, con la espalda adolorida de la silla incómoda y los ojos rojos de tanto mirar la pantalla. No tenía computador propio en ese momento, así que me gastaba lo poco que tenía en pagar horas, como si estuviera alquilando mi oportunidad de cambiar mi vida.

La universidad iba como el culo. Las notas caían, los profesores ya me veían como el estudiante que estaba perdiendo el rumbo. Y sí, quizás lo estaba... al menos en los ojos de ellos. Pero a mí no me importaba. Yo estaba convencido de que este era mi camino, aunque a veces me doliera la duda: ¿y si tenían razón? ¿y si estaba dejando pasar una carrera por un sueño imposible?

En mi casa las discusiones eran constantes. Mi familia me repetía que dejara de soñar con tonterías, que me enfocara en lo que “sí daba plata”. Me decían que el trading no era una profesión, que eso era un juego de azar. Yo escuchaba todo eso en silencio, y aunque me dolía, no lo mostraba. Por dentro hervía de rabia porque sentía que nadie creía en mí. Era como gritar en medio de una multitud y que nadie volteara a mirarte.

Y aunque desde afuera tenían razón —porque en ese momento no ganaba un peso, solo perdía tiempo y dinero—, en mi interior había una certeza inexplicable. Una voz que me decía: *“tranquilo, esto es el camino, no pares”*. No podía explicarlo, pero lo sentía con todo mi ser.

Había días en que salía del café internet tarde en la noche, con Fontibón casi vacío y el frío pegándose en la cara. Caminaba con los audífonos puestos, escuchando conferencias de traders gringos que hablaban de libertad financiera, de independencia, de romper cadenas. Yo soñaba con ser como ellos, con dejar de manejar Uber, con no volver a pasar doce horas al volante para ganarme lo justo. Soñaba con demostrarles a todos —a mi familia, a mis amigos, al mundo— que no estaba perdiendo el tiempo.

Era un sacrificio silencioso. Nadie veía las horas que pasaba estudiando, los cuadernos llenos de apuntes, los ojos hinchados por no dormir. Nadie veía las veces que me quedaba sin almorzar para pagar una hora más en el café internet. Ellos solo veían las malas notas, la ausencia en las reuniones familiares, la cara de cansancio. Yo en cambio veía un futuro que todavía estaba lejos, pero que cada día parecía un poco más posible.

Ese 9 de septiembre fue cuando me prometí a mí mismo que no iba a parar, que aunque me quedara solo, aunque todos me dieran la espalda, yo iba a seguir. Porque había algo en el trading que me hablaba directo al corazón: la posibilidad de tener el control, de nunca más volver a depender de Uber para sobrevivir. Y yo estaba dispuesto a pagar el precio.

18 de diciembre de 2017.

Ese día regresaba en el bus a Fontibón. Estaba cansado, con la cabeza pesada y el cuerpo vacío. Me senté junto a la ventana, y mientras el bus avanzaba lento por las calles llenas de humo y de ruido, yo me quedé perdido mirando cómo caía la tarde. El sol teñía el cielo de naranja y por un instante sentí que el mundo se detenía. Y ahí, en medio de todo ese caos, mi mente hizo lo único que sabía hacer para no quebrarse: empezó a soñar despierta.

Me vi a mí mismo en un escenario, con un micrófono en la mano, frente a miles de personas que escuchaban mi historia. Los veía atentos, como si cada palabra que salía de mi boca fuera un pedazo de verdad que necesitaban. Y en ese instante supe que mi dolor no sería en vano, que algún día todo este infierno se convertiría en testimonio de esperanza para otros.

Cerré los ojos y vi a mi mamá. La imaginé en una casa nueva, sin goteras, sin paredes manchadas por la humedad. La vi sonriendo tranquila, descansando sin preocuparse por el dinero, sin tener que fingir fortaleza frente a mí. Ese sueño me partió el alma, pero también

me sostuvo. Porque me recordó que no estaba luchando solo por mí, sino por ella, por devolverle un poco de lo que me había dado con tanto sacrificio.

También me vi viajando, con ropa limpia, con el alma liviana. Me vi caminando en aeropuertos, subiendo a aviones, conociendo lugares que solo había visto en revistas o en fotos de internet. Me vi sonriendo de verdad, no con la sonrisa forzada que usaba para ocultar mi dolor, sino con una sonrisa que nacía del corazón, de la libertad.

Ese sueño fue lo único que me sostuvo esa noche. No el dinero que no tenía, no las cuentas en cero, no el cansancio ni la frustración... Fue ese sueño, ese destello de futuro en medio de la miseria, lo que me mantuvo de pie. Y entendí algo: a veces lo único que te salva no es lo que tienes en los bolsillos, sino lo que logras construir dentro de tu mente cuando todo a tu alrededor parece caerse a pedazos.

3 de febrero de 2018

Otra cuenta quemada. Otra noche sin dormir. Ya había perdido más veces de las que podía contar. Sentía odio, frustración, ganas de rendirme. Había días en los que me preguntaba si valía la pena seguir vivo. Pero entonces me miraba en el espejo y me decía: “yo no quiero esta vida de mierda.” No quería ser un ingeniero frustrado, no quería terminar borracho en una esquina como mis tíos, no quería repetir la historia. Y aunque doliera, aunque el trading me escupiera en la cara, yo iba a seguir.

Eso fue apenas el inicio, pero el inicio que quema. No fue ninguna película bonita con playas y brindis; fue una sucesión de humillaciones pequeñas que se fueron clavando. Fue ver cómo se iba la plata que no tenía; fue el sonido seco del teclado a las tres de la mañana cuando ya no había más margen para equivocarse. Fue regresar a la casa de mi mamá y sentarme en el borde de la cama preguntándome en silencio cómo había llegado ahí: un adulto que aún dormía en el piso porque no había dinero para más colchones.

Recuerdo el vaso de jugo de banano que se me cayó en el bus esa semana —jugo de banano estallado por toda mi camiseta—, y sentí que hasta las pequeñas cosas conspiraban contra mí. Todos miraron, algunos rieron, otros fingieron no ver; yo bajé del bus con la cara ardiendo, y el corazón apretado como si me hubieran robado algo más que la ropa. Esos momentos minúsculos se acumulan y te construyen una narrativa de derrota: te acuerdas de los ojos de los demás mirando tus tenis viejos, las burlas en la calle, las preguntas de “¿ya trabajas en algo serio?” que dolían más que un golpe.

Perder otra cuenta fue como recibir una bofetada que hace eco. El monitor se quedó en rojo y el silencio de la habitación se volvió un tipo de condena. Me quedé sentado frente a la pantalla, las manos temblando, y pensé en todos los billetes que se fueron por la ventana: horas sacrificadas, hambre, ansiedad. Pensé en los profesores de la universidad que ya ni me llamaban por mi nombre, en la familia que cada vez hablaba menos de mis sueños y más de “lo práctico”. Pensé en Uber, en las jornadas de doce horas manejando para juntar

lo justo, en el cansancio físico que se te mete en los huesos. No quería volver a eso, pero el fracaso también olía a regreso inevitable.

Esas noches me clavarón otra cosa peor que la impotencia: la soledad. La soledad no es no tener gente alrededor; es tener gente que no entiende por qué estás ahí, que cree que estás perdiendo el tiempo y por eso te deja solo en tus obsesiones. Me sentía como una radio con la frecuencia puesta pero sin nadie al otro lado. En la casa, la voz de mi mamá se convertía en reproche disfrazado de preocupación; a veces me preguntaba si era un egoísmo mío no poder corresponder con un salario, con una estabilidad. Y luego, en la madrugada, cuando todo callaba, la pregunta más brutal: ¿y si estoy equivocado? ¿y si este dolor no lleva a nada?

Pero también hubo cosas pequeñas que me mantuvieron en pie —no las grandes, no los discursos—, sino un refuerzo mínimo: la mano de mi mamá quitando una cobija cuando me quedaba dormido en el piso, el tipo que en el café internet me dejó usar una hora extra gratis porque a él también le gustaban los mercados, el cuaderno manchado donde anotaba patrones que aún no entendía pero que había dibujado con la certeza de quien procura algo con hambre. Esos apuntes eran mi religión. Los dibujos de velas, las flechas, las manos temblando al trazar una idea que podía cambiar un día. Me aferré a ellos como a un clavo oxidado.

Hubo noches, muchas, en que lloré en silencio. No eran lágrimas grandilocuentes, sino pequeñas filtraciones que se escapaban cuando nadie miraba: en el baño, en el asiento del bus, en el momento en que Fontibón se hacía tan fría que parecía que todo lo que sentía se podía congelar. Lloraba por la vergüenza de pedir plata, por la duda de decepcionar a quienes me habían apoyado alguna vez, por la rabia de verme repetir errores. Pero también lloraba por una rabia distinta: la de no aceptar que eso fuera todo lo que la vida me ofrecía. Esa rabia era mi combustible.

No hubo una epifanía. No hubo un vídeo viral donde me dijeran “ahora lo lograste”. Lo que hubo fue acumulación: días de hambre intelectual, errores que dolían como si te rasgaran la piel, decisiones que costaron. Y en medio de esa acumulación, una promesa mental que fue haciéndose más dura cada vez: *no volveré a Fontibón para quedarme*. No era un capricho geográfico, era la negación de un destino. Significaba no pasarme la vida aceptando peores opciones solo porque eran lo que conocía. Significaba que si tenía que perder y perder hasta romperme, lo haría en pos de algo más grande.

Ese 3 de febrero me enseñó lo que realmente era el “camino”: no glamour, no atajos, no selfies felices. Fue jugo de banano en la camiseta; fue mis tenis rotos; fue dormir en el piso; fue la humillación. Fue convertir el dolor en régimen diario y seguir. Fue prometer, en voz baja, que algún día Fontibón sería solo un recuerdo con olor a sudor y a bus viejo, y que mi nombre no iba a ser sinónimo de fracaso en la mesa familiar.

Salí de esa noche con la piel un poco más curtida. No era un héroe: era un tipo cansado que había decidido no rendirse porque le quedaba algo dentro que aún ardía. Prometí guardar mi vergüenza como si fuera dinero. Prometí que cada vez que alguien se riera de mis tenis, lo usaría como gasolina. Prometí que si tenía que caer mil veces más, me levantaría mil y una. Y lo escribo así, crudo, porque no quiero que esto suene bonito: esto dolió, jodidamente, y sin embargo, allí —en ese dolor— nació la posibilidad de salir.

Capítulo 1: Quién era antes del trading

No fue un solo trabajo: fue una suma de humillaciones laborales que me fueron modelando. Trabajé en Uber, haciendo trasteos, limpiando casas, cargando bultos, cortando madera en el taller, de cajero y hasta de domiciliario. Cada trabajo era una nueva forma de aprender lo que no quería ser. Cada jornada, un recordatorio de por qué tenía que salir de Fontibón.

Mis días en Uber empezaban tarde para cualquiera: salía tipo 10 a.m. y no volvía hasta las 3 a.m. Me tocó lidiar con borrachos que creían que las reglas no aplicaban, con gente extraña que aparecía a las dos de la mañana como si eso fuera normal, con extranjeros perdidos que te hablaban en idiomas que no entendía pero que me trataban con una sonrisa curiosa porque yo, joven, tenía cara de chico. Me preguntaban qué hacía trabajando en Uber; decía “para pagar la universidad”, pero mentía: estudiaba con Icetex y la verdad era que lo hacía para llevar algo a la casa, para que el día tuviera menos grietas.

Hubo una vez —una que no olvido— en la que llevé a un señor que vestía como si el dinero no fuera problema. Hablamos poco. Cuando se bajó, me dio cincuenta mil pesos. No fue solo la plata; fue que me abrió la mano y dijo “para que sigas”. No pude contener la emoción: lloré. Me puse a dar gracias a Dios como si esa moneda fuera un acto de justicia que alguien me entregaba por error. Fue la primera vez en años que lloré en un carro por algo que no fuera vergüenza o rabia: lloré por alivio, por reconocimiento.

Lo que más odiaba de todo eso no era la fatiga física —aunque cargar bultos te parte la espalda como si cada saco te arrancara un año de vida, y cortar madera te deja las manos hechas un mapa de astillas y heridas—, no. El verdadero peso estaba en algo más silencioso, más cruel: tener que fingir.

Fingir que estaba bien. Fingir que quería estar ahí. Fingir que la vida no me estaba ahogando lentamente. Cuando me subía al carro a trabajar, tenía que ponerme una máscara que nunca sentí mía. Sonreír, dar los buenos días, contestar preguntas que no me importaban. Y en ese proceso me iba borrando, como si cada palabra que decía por obligación me quitara un pedazo de mí mismo.

Las personas se subían al carro y empezaban con sus conversaciones triviales: “¿Hace mucho trabaja en esto?”, “¿Y qué estudia?”, “¿Cómo ve la ciudad hoy con tanto tráfico?”. Y mientras ellos hablaban, yo estaba en otra guerra, una que nadie veía. Me tragaba un miedo silencioso: miedo a hablar, miedo a sonar tonto, miedo a que mi voz temblara y alguien notara que no encajaba en el papel que estaba actuando.

No tenía miedo al cansancio físico; eso al final lo soportaba. Tenía miedo a la exposición, a quedar desnudo frente a los demás con mis inseguridades. Yo estaba callado, demasiado

callado. La timidez me comía vivo, me mordía el pecho como un animal rabioso, y aún así, tenía que sonreír. Tenía que aparentar normalidad. Tenía que cumplir.

Lo más duro era la contradicción: no quería hablar, pero estaba obligado a hacerlo. No quería estar ahí, pero no tenía otra opción. Dar direcciones, mantener el ritmo de la conversación, responder con un “sí” o un “claro” cuando por dentro solo quería silencio. Y en cada kilómetro, en cada turno, en cada saludo forzado, la tensión interna se volvía un nudo en la garganta, un peso en el pecho, una carga invisible que me frenaba más que las horas interminables.

Porque el cansancio del cuerpo se cura con dormir... pero el cansancio de fingir, ese desgaste emocional que no descansa nunca, ese sí que te rompe de verdad. Es como cargar con un disfraz pesado, sudoroso, incómodo, que nunca puedes quitarte. Y lo peor: llega un momento en el que casi olvidas cómo eras sin él.

Me iba a la cama con el cuerpo agotado, sí, pero sobre todo con la mente hecha pedazos. Cerraba los ojos y sentía que había actuado un papel que no me correspondía, como un actor obligado a repetir un guión que detesta. Y en ese silencio, después de apagar el celular y dejar el carro, me preguntaba en voz baja, casi sin aire: “¿Hasta cuándo voy a vivir así?”.

La humillación no llegó en un solo golpe, sino en un millón de puntadas pequeñas que cosían mi orgullo hasta dejarlo irreconocible. Recuerdo ese día en el centro comercial con una claridad que todavía duele. Íbamos con un amigo de mi edad: él estrenaba unos zapatos que brillaban como si los hubieran pulido con éxito, con suela nueva y cordones perfectos; yo llevaba los míos, gastados en las puntas, con tierra incrustada y un trozo de la suela que colgaba como una lengüeta avergonzada.

Caminábamos entre la gente, y en un segundo la escena se congeló: un grupo de niñas muy bonitas se cruzó en nuestra ruta. Se quedaron mirando. No fue una mirada cualquiera, fue una mirada que pesó como una sentencia. Fueron directamente hacia él —su brillo parecía atraer todo— y de reojo se notó la comparación. Sentí que algo en mí se pinchaba y el aire se volvía más denso. Fue como si mi autoestima se desinflara de golpe ahí, en plena calle, delante de la vitrina de una tienda que ni siquiera me interesaba. Me aborrecí.

No solo fue vergüenza; fue una sensación física: la piel se me puso fría, la espalda se me encorvó, y tuve la urgencia de esconder las manos en los bolsillos, como si así pudiera ocultar también la sensación de no pertenecer. Esa mirada dejó una marca que no se quitó con agua ni con tiempo. Se pegó. Cada vez que pasaba por un espejo o veía a alguien mirando, volvía ese mismo latigazo: “no alcanzas”.

Esas miradas enseñan sin piedad. Te enseñan a bajar la cabeza para que el mundo no te note. Te enseñan a medir tus palabras, a pasar desapercibido. Te enseñan a hacer promesas silenciosas en el pecho: promesas que brotan de la rabia y del orgullo herido, juramentos pequeños que dicen *algún día cambiaré esto, algún día no tendrán razón para mirar así*.

Lo peor es que la humillación no se fue cuando nos alejamos. Se instaló en los gestos cotidianos: en la forma en que evitaba sentarme cerca de alguien elegante, en cómo

limpiaba con más celo mis zapatos antes de salir, en la timidez que me comía cuando alguien me dirigía la palabra. Empezaron a brotar pensamientos como malas hierbas: *¿qué pasa si me miran otra vez?, ¿y si se ríen por dentro?*. Esas preguntas eran como pequeñas bombas que explotaban en mi mente a lo largo del día.

Y por la noche, cuando el ruido del centro comercial ya era solo un eco lejano, me acostaba repasando la escena como si fuera una película que podía reescribir. Me veía a mí mismo más joven, con la lengua afilada por la vergüenza, y mi corazón se encogía. Me prometí cosas: trabajar más, mejorar, ser diferente. Pero también sentí algo más: una rabia fría, quieta, que no se veía pero que empujaba. No era solo deseo de venganza contra la mirada ajena; era un impulso más profundo: la promesa de construir mi dignidad desde adentro, para que las miradas externas dejaran de tener poder sobre mí.

Hoy sé que esa humillación fue una lección disfrazada de dolor. Me enseñó, aunque de manera cruel, a querer cambiar lo que podía cambiar; a enfrentar la incomodidad en lugar de esconderme. Pero aceptar esa lección costó noches de insomnio, autocrítica y una paciencia que no sabía tener. Y cada vez que recuerdo la escena en el centro comercial, lo hago con un sabor agridulce: amarga por el recuerdo, pero útil porque fue la chispa de algo mayor que estaba por venir.

Antes del trading yo era un tipo relajado en exceso. Podía pasar todo el día acostado viendo series en el celular, bañarme a las ocho de la noche si me daba la gana. Tenía algo de perdedor: la energía baja, la procrastinación como costumbre costumbre. Y sin embargo con ganas de salir adelante. Era raro: soñaba alto —siempre creí que iba a ser exitoso— pero mis hábitos no ayudaban a esa idea. Había contradicción entre el sueño y la disciplina.

El dinero para mí era una tabla de salvación. Pensaba que si ganaba cinco millones de pesos al mes, la vida se resolvía; que con eso viviría “como nadie”. Veía la plata como salida de la vergüenza, como un pasaporte para dejar de dormir en el suelo, para evitar preguntas incómodas en la mesa familiar. Y aun así, cuando llegaba algo de dinero, se iba en llevar a mi madre a comer, en pagar lo urgente. Lo que era salvavidas para mí, era amor para ella; la contradicción me dolía: quería guardarla, pero lo primero era verla sonreír.

Había sueños que parecían de película. Llegar a ganar cien millones en un mes era uno de ellos: inalcanzable, gigantesco, casi una fantasía. Y sin embargo la imagen de esa cifra estaba ahí, como objetivo extremo, para obligarme a no conformarme. Creía que sería exitoso desde siempre; quizá era soberbia o tal vez una convicción infantil que se negó a morir.

Las anécdotas pequeñas cuentan más que los grandes relatos. Llamar al novio de una prima para pedir que nos ayude con el almuerzo. Caminar con el jugo de banano que se me derramó en un bus y sentir las risas. Quedarme sin calculadora en la universidad y pedir prestada la mirada cómplice de alguien. Todo eso te deja marca: no por el momento en sí, sino por lo que te recuerda de ti mismo.

Y estaban las noches largas, las jornadas que se comían la madrugada, el olor a gasolina y a sudor de Uber, las manos con astillas por cortar madera y la vergüenza de no poder invitar a la chica que me gustaba ni a un helado. Tenía la sensación de que mi vida se repetía:

levantar, trabajar, llegar, dormir, volver a empezar. Tenía la sensación de manejar la vida de otros y que la mía se quedaba.

Pero también hubo lecciones duras que me hicieron más cierto de algo: no quería repetir lo que había en mi casa. La adicción de mi padre, la puerta verde que una vez golpeamos hasta romper el silencio, la noche en que mi mamá no tuvo para el regalo de Navidad y yo lloré sin entender. Esos recuerdos se convirtieron en promesas: no beber hasta perder todo, no rendirme a la humillación, no resignarme.

Todo eso —los trabajos, la vergüenza, la rabia, el llanto en el carro cuando un desconocido me dio plata— fue la antesala del trading. No entré por glamour; entré porque estaba cansado de sentirme atrapado. Quería que cada humillación se transformara en algo útil, en estrategia, en disciplina. Quería que las horas de Uber y las manos con astillas no fueran una condena sino el combustible para un cambio. Y por eso, un día cualquiera, con las manos todavía olientes a madera y a gasolina, me senté frente a una pantalla y empecé a aprender a transformar la rabia en reglas.

Capítulo 2: La promesa de libertad y dinero fácil

La primera vez que escuché sobre el “dinero fácil” no fue en un aula ni en un libro de finanzas. Fue en un lugar mucho más común, casi banal: un centro comercial. Yo iba caminando sin rumbo fijo, con la cabeza llena de deudas y el corazón cargado de sueños demasiado grandes para mi bolsillo.

Fue ahí donde alguien me presentó lo que parecía ser la oportunidad de mi vida: un multinivel. Yo ni siquiera sabía cómo funcionaba un MLM, jamás había oído hablar de eso. Lo único que escuchaba era la promesa: *“vas a poder ganar dinero desde tu celular, viajar, ser libre”*. Era como si de repente alguien hubiera leído mis pensamientos más íntimos y los hubiera convertido en un plan perfecto.

Recuerdo que la primera oportunidad que se cruzó en mi camino requería una inversión mínima de 300 dólares. Para muchos, quizás no era mucho, pero para mí lo era todo. No tenía ese dinero, así que tuve que pedirlo prestado. Y no lo dudé ni un segundo. En mi mente, ese dinero no era un gasto: era la llave maestra que podía abrir la puerta hacia otra vida.

La chispa no se encendió solo en ese centro comercial. Unos días antes lo había visto en redes sociales, en Facebook, de una muchacha que conocía. Ella subía fotos con su celular en la mano y frases como *“trabajando desde cualquier lugar del mundo”*. Yo veía esas imágenes y pensaba: *“eso es exactamente lo que necesito”*. No era una publicación más; era como si alguien hubiera puesto en una pantalla la respuesta a mis problemas.

La primera vez que escuché la promesa, algo en mí se estremeció. Sentí que la vida me decía: *“esta es tu salida”*. Yo quería lograr algo, dejar de ser invisible, salir de la monotonía y demostrar que podía alcanzar lo que soñaba. El trading, el multinivel, el dinero desde el celular... todo eso se mezcló en mi cabeza como un espejismo perfecto. Y lo creí.

No vi riesgos, no pensé en pérdidas. Solo vi la promesa brillante de libertad, viajes, carros y ropa nueva. Y esa promesa me atrapó.

La película mental

Cuando me contaron que podía “ganar dinero desde el celular”, no fue solo una frase bonita. Para mí fue como si me hubieran tirado un salvavidas en medio del océano mientras me estaba ahogando. Yo estaba desesperado, partido por dentro, con la autoestima hecha mierda, y en ese momento esa idea se me metió en la cabeza como la única salida.

No era dinero lo que yo quería en sí. Era lo que el dinero representaba. Libertad. Respeto. Seguridad. Orgullo. Eran cosas que sentía que nunca había tenido y que, de repente, alguien me decía que estaban a un par de pasos de distancia si solo hacía esa inversión, si solo me metía de lleno.

Y claro, mi mente empezó a fabricar una película perfecta, tan real que casi podía tocarla. Yo no soñaba con un Ferrari ni con una mansión de película de Hollywood, no. Mi sueño era más sencillo, pero no por eso menos intenso: un puto Chevrolet Aveo. Ese era mi carro. Yo me imaginaba rodando por la ciudad, con música a todo volumen, el brazo colgando por la ventana y la sensación de que, por fin, la vida me sonreía.

Me veía viviendo en un conjunto cerrado, en un barrio bonito, donde no se escuchan peleas ni gritos en la madrugada, donde los vecinos sacan a pasear al perro y todos se saludan con una sonrisa. Yo ya me veía llegando ahí con bolsas de mercado, con ropa limpia, con una vida que gritara “éxito” aunque por dentro todavía me estuviera reconstruyendo.

Y lo más fuerte no era el carro ni el barrio. Lo más fuerte era cómo me imaginaba a mí mismo: limpio, arreglado, con la cara sin acné, con ropa bonita, caminando con seguridad. Ese era mi verdadero sueño: dejar de sentirme invisible, dejar de sentir que las mujeres me miraban y pensaban “este man no vale la pena”. Yo quería verme bien, quería sentirme bien. Quería que la gente volteara a mirarme no con lástima, sino con admiración.

Porque esa era mi realidad antes: yo sentía que no valía un carajo. Sentía que la gente me pasaba por encima, que nadie me notaba, que yo era un fantasma en medio de la multitud. Y de repente llega esta promesa, este discurso de *“puedes ganar dinero desde el celular, puedes viajar, puedes vivir libre”*, y claro que me aferré. Era como si me hubieran dicho: *“aquí tienes la fórmula para ser alguien”*.

Y entonces mi cabeza se llenó de escenas. Me imaginaba comprando cosas para mi mamá, sacándola a comer a un buen restaurante y viéndola orgullosa de su hijo. Me imaginaba a mis amigos callados, sin burlarse, viéndome manejar mi carro nuevo. Me imaginaba viajando, tomando fotos en playas y montañas, publicando en redes sociales con frases motivacionales que escondían un solo mensaje: *“lo logré, hijueputas”*.

Me obsesioné con esa película. Me dormía pensando en ella, me levantaba pensando en ella. Caminaba por la calle y comparaba mi vida real con la vida de mis sueños, y esa comparación me dolía en el pecho. Cada vez que me miraba al espejo con la cara llena de acné, con ropa que no me gustaba, con zapatos gastados, sentía una rabia interna que me gritaba: *“yo no nací para esto, yo no puedo quedarme aquí”*.

Esa rabia fue gasolina. Me la tragué y la convertí en deseo, en obsesión. Yo no quería solo mejorar un poco, yo quería transformarme por completo. Quería borrar de raíz al “yo” que sentía que no valía, y construir un “yo” nuevo, con dinero, con respeto, con poder.

¿Sabes qué es lo más jodido? Que cuando uno está roto, cualquier promesa se convierte en certeza. Yo no tenía pruebas de que el trading funcionara, yo no entendía qué carajos era un multinivel, pero no me importaba. Mi necesidad era tan grande que no necesitaba pruebas. Solo necesitaba esperanza.

Y esa esperanza se me metió tan adentro que ya no pensaba en otra cosa. Dejé de ver mi vida como era, y solo veía la vida que podía tener. Me veía llegando a un centro comercial con ropa nueva, con mi carro, con la seguridad de alguien que tiene billetes en el bolsillo. Me veía caminando por la calle y sintiendo que ahora sí las miradas de las mujeres eran para mí. Me veía cambiando la historia, cerrándole la boca a todos los que alguna vez me vieron como un don nadie.

Era como una droga. Una película mental que me daba un golpe de adrenalina cada vez que la repetía en mi cabeza. Y entre más lo pensaba, más me convencía de que ya estaba a punto de lograrla. Solo era cuestión de tiempo. Solo era cuestión de meterle con todo.

Lo que no sabía —lo que todavía no entendía— era que esa película que tanto me inspiraba también me iba a cobrar la factura más dura de mi vida.

La entrada al laberinto

Los primeros días fueron una maldita droga. Yo no necesitaba ni café para sentirme despierto: me bastaba con abrir el celular y ver esa aplicación encendida para creer que estaba entrando en una dimensión secreta donde los “elegidos” se hacían ricos mientras los demás seguían rompiéndose la espalda en trabajos de mierda.

Recuerdo perfectamente el cosquilleo en el pecho. Ese calor en el estómago que uno siente cuando cree que está a punto de cambiarlo todo. Yo había pedido prestados esos 300 dólares como quien se juega la vida en una ruleta, pero en mi cabeza ya no eran una deuda: eran la semilla de todo lo que siempre había soñado.

En el grupo de WhatsApp del multinivel todo era euforia colectiva. Fotos de gente sonriendo en Cancún, relojes dorados brillando bajo el sol, billetes acomodados sobre camas de hotel como si fueran toallas limpias. Y yo tragándome cada imagen como si fuera un mensaje divino: *“tranquilo Julián, ya casi te toca”*.

Yo, que nunca había tenido nada, de repente sentía que ya lo tenía todo. Caminaba distinto, con la cabeza un poco más arriba, como si ese simple gesto me sacara del montón. Hasta mi forma de mirar cambió. Antes bajaba los ojos para que no notaran mi inseguridad; ahora los sostenía unos segundos más, como queriendo decir: *“espera y verás quién seré en un año”*.

Me acuerdo de una tarde en que estaba en el bus, celular en mano, revisando otra vez los mismos mensajes motivacionales. Afuera todo era gris, la gente cansada, los vendedores ambulantes voceando. Pero yo no estaba ahí, yo ya me veía en otro mundo. Me imaginaba manejando mi Chevrolet Aveo, con música a todo volumen, con las ventanas abiertas para que todo el barrio me viera entrar al conjunto cerrado donde supuestamente iba a vivir. En mi mente era casi una película de Hollywood: yo saliendo del carro con ropa nueva, limpio, sin acné, con una confianza de acero.

La verdad es que esa fantasía me alimentaba más que cualquier plato de comida. La ilusión de que *ya había encontrado el camino*. Me decían: “el dinero se multiplica mientras

duermes”, y yo de verdad me acostaba con el corazón acelerado, creyendo que al despertar iba a tener cifras que nunca había visto en mi vida.

La obsesión creció rápido. Me la pasaba viendo videos en YouTube sobre trading, escuchando audios de líderes del multinivel, anotando frases motivacionales en un cuaderno viejo como si fueran fórmulas mágicas. Yo no entendía ni mierda de velas japonesas, de tendencias o de análisis técnico, pero sentía que lo entendía todo. Porque cuando quieres creer, cualquier palabra suena a verdad absoluta.

Esa primera semana me descubrí sonriendo solo en la calle. Yo, que siempre me escondía, que me sentía invisible, ahora me sentía parte de un club secreto. Era como estar drogado, pero sin consumir nada. La droga era la promesa. La promesa de que nunca más me iban a mirar como “el que no alcanza”.

Y aquí viene lo jodido: cuando estás roto por dentro, la esperanza se siente como un milagro. Te agarras de ella aunque esté hecha de humo. Yo me agarré con las dos manos, con los dientes si era necesario. No quería escuchar ninguna voz de duda, ni de mi familia, ni de mis amigos, ni siquiera de mi propia razón. ¿Qué importaba si era riesgoso, si no entendía nada, si las historias parecían demasiado buenas para ser verdad? Yo ya estaba dentro. Y cuando ya estás dentro, el corazón no te deja salir.

Pero la euforia es traicionera. Es como subirte a la montaña rusa más alta del parque y reírte como un loco mientras subes... sin saber que el verdadero viaje empieza en la caída.

Y esa caída llegó mucho antes de lo que yo esperaba.

El primer golpe

La euforia inicial me duró poco, pero lo suficiente para que me enganchara. Al principio desconfiaba, pero pronto me di cuenta de que con el modelo multinivel sí había una oportunidad de meter dinero rápido en el bolsillo. Y lo hice.

Me obsesioné con crecer la red, con invitar personas, con demostrar que yo también podía ser *“el líder joven que la rompe”*.

¿Y sabes qué? Funcionó.

Llegué a ganar hasta 6.000 dólares al mes. Para mi edad era una locura. Mientras mis amigos apenas se defendían en la universidad o sacaban para el transporte, yo manejaba cifras que nunca había visto en mi vida. Seis mil dólares para alguien que nunca había tenido ni un carro propio era como tocar el cielo. Me miraba al espejo y pensaba: *“ya está, lo logré, soy distinto, soy mejor”*.

Pero ese dinero no vino con un manual. Nadie me había enseñado educación financiera, nadie me habló de lo que significa administrar, diversificar, proteger. A mí me cayó de golpe y lo gasté como un imbécil. Me subí al ego como si fuera un trono. Me sentía invencible. ¿Ahorros? ¿Inversión inteligente? ¿Plan a largo plazo? No, hermano. Yo solo pensaba en seguir facturando más y más.

Lo peor es que en ese punto empecé a confundir *dinero rápido* con *dinero seguro*. Creía que porque ya había hecho 6.000, entonces siempre sería igual. No me pasaba por la cabeza que todo se podía ir al carajo de un día para otro.

Y así fue.

Al final la empresa se cayó, como se caen todos esos castillos de arena. Una mañana las noticias empezaron a circular, la gente que había invertido comenzó a reclamar, los mensajes en los grupos dejaron de ser fotos de viajes y se convirtieron en quejas y amenazas. Yo veía cómo todo lo que había construido se desmoronaba frente a mis ojos. Lo que parecía un cohete directo a la luna resultó ser un avión de papel.

De la noche a la mañana, ya no había ingresos, ya no había “oportunidad de viajar y ganar desde el celular”. Solo quedaban las deudas, los reclamos de la gente que confiaba en mí, y un vacío enorme en el estómago. Y es ahí donde entendí algo que me quedó tatuado: cuando no tienes educación financiera, el dinero es como agua en las manos. Se te va, así tengas océanos enteros.

Perdí todo. Y, como si no fuera suficiente, aún con esta caída, yo seguía obsesionado con el trading. No quise escuchar razones, no quise aceptar que debía parar, aprender lo básico, sanar heridas. No. Yo solo pensaba: *“voy a recuperar todo operando, voy a ser el puto amo de las gráficas”*.

Las primeras pérdidas en trading fueron pequeñas, pero dolían igual. Eran como raspones antes de la herida grande. Perder 50, 100, 200 dólares era como un cuchillo lento. Cada vez que la pantalla se ponía en rojo, sentía cómo la garganta se me cerraba. Pero mi terquedad me decía: *“tranquilo, ya mañana lo recuperas”*.

Esa mentalidad fue la que me hundió más. Porque cada pérdida pequeña era gasolina para la obsesión, para querer vengarme del mercado, para demostrar que no era un perdedor. Y esa pelea silenciosa, esa guerra contra mí mismo, fue preparando el terreno para el golpe más brutal de todos: la madrugada en que perdí 3.000 dólares de un solo tiro.

Pero esa historia... Esa madrugada de gritos, de lágrimas y de sentir que la vida me estaba partiendo en dos, merece un capítulo entero.

Si te soy honesto, nunca en mi vida había visto tanto dinero como cuando entré de lleno al multinivel. Yo vendía la idea como si fuera la última Coca-Cola del desierto. Me paraba frente a la gente y les hablaba como si hubiera encontrado el Santo Grial. Les decía que esto era la salida, que aquí estaba la verdadera libertad, que el que no entrara se iba a quedar viendo desde la orilla cómo los demás triunfamos.

Y la gente me creía. No porque yo fuera un experto, sino porque hablaba con hambre. Hambre de salir del barrio, hambre de dejar de ser el invisible. Y cuando uno habla con hambre, convence. Así fui armando mi red, sumando personas, creciendo como un loco. De repente, en cuestión de meses, estaba ganando 6.000 dólares al mes.

Para alguien como yo, que venía de Uber, de cargar bultos, de trabajar hasta la madrugada por unos billetes, esa cifra era un puto sueño. Me sentía millonario. Miraba la aplicación con orgullo, me subía al ego como si ya hubiera ganado la batalla de la vida.

Pero ahí está el detalle: nadie me había enseñado nada de educación financiera. Nadie me dijo que el dinero que llega rápido también se va rápido. Yo solo sabía recibir y gastar, recibir y presumir. Me sentía invencible, como si a mis veinte y tantos ya tuviera la vida resuelta. El dinero me subió a la cabeza, me hizo creer que siempre sería así.

Y entonces... se cayó todo.

El golpe fue devastador, pero mi mente no quería aceptar la derrota. Yo pensaba: *“no importa, tengo el trading, ahí sí voy a multiplicar mi dinero de verdad”*. Esa idea se me metió en la cabeza como un virus.

Y ahí empezó la otra pesadilla: las pérdidas pequeñas.

El trading me recibió con la frialdad de un verdugo. Al principio eran 50 dólares que se esfumaban en una mala operación. Luego 100. Luego 200. Cada pérdida era como un puñetazo en el estómago, pero en lugar de detenerme, me volvía más terco. Pensaba: *“el mercado me las debe, mañana recupero todo”*. Y así entraba de nuevo, con más rabia que estrategia, con más ego que disciplina.

La realidad es que esas pérdidas pequeñas duelen más de lo que parece. No es solo la cifra: es la acumulación, la repetición, la impotencia de ver cómo tu cuenta se va secando poco a poco. Es como morir desangrado en lugar de un solo disparo. Te consume más, te frustra más, te vuelve adicto a querer vengarte.

Yo me hundía sin darme cuenta. Ya no era el pelado que sonreía viendo la app en el centro comercial. Ahora era el tipo que se desvelaba mirando velas rojas y verdes sin entender nada, con la ansiedad mordiendo el pecho y la sensación constante de estar perdiendo contra algo invisible.

Lo peor es que aun sabiendo que estaba en picada, seguía ahí. Quería demostrarme —y demostrarle al mundo— que no era un perdedor. Que después de esta empresa, después de las deudas, después de las pérdidas, todavía podía convertirme en alguien grande.

No lo sabía en ese momento, pero esas pérdidas pequeñas eran el ensayo general. El preludio al golpe más brutal de todos: la madrugada en la que 3.000 dólares desaparecieron de mi cuenta como si nunca hubieran existido.

Del cielo al grito

El dinero fluía. Tanta era la emoción que decidí hacer algo grande: remodelar el apartamento a mi mamá. Para mí no había mejor sensación que verla feliz, viéndome como el hijo que estaba logrando cosas que nunca imaginó. Esa sonrisa de ella, ese orgullo, era gasolina para mí. Yo pensaba: *“ya está, lo logré, la vida es mía, esto es solo el comienzo”*.

Pero lo que nunca entendí en ese momento es que ganar dinero no es lo mismo que saber manejarlo.

Pero lo que más recuerdo de esa época no fue el dinero en sí, sino lo que hice con él. Ese diciembre... ese diciembre fue diferente. Ese diciembre fue mágico.

Siempre crecimos con limitaciones. Mi mamá se partió la espalda para sacarnos adelante, con lo poco que había. Y de repente, un diciembre cualquiera, yo pude hacer algo que jamás pensé: remodelar el apartamento.

Sí, fue con plata del multinivel, con esos 6.000 dólares mensuales que parecían infinitos. Pero ver a mi mamá escoger la pintura, los muebles, sonreír mientras veía cómo transformaban ese lugar que tantas veces nos vio llorar y pasar necesidades... eso no tuvo precio. Para mí, era la prueba de que la vida estaba cambiando.

Recuerdo el olor a pintura fresca, los albañiles entrando y saliendo, mi mamá diciendo: "por fin voy a tener la casa como siempre la soñé". Esa navidad, mientras la mayoría pensaba en regalos y en cenas, yo estaba orgulloso porque había cumplido con algo que me pesaba en el corazón desde niño: darle a mi mamá un hogar más digno.

Esa noche del 24, mientras las luces parpadeaban en el arbolito recién comprado, me dije a mí mismo: *"lo logré, este es solo el comienzo, ahora sí la vida es mía"*.

La idea de hacer dinero desde el computador, de ser libre, de no depender de nadie... eso me sedujo como una droga. Dejé que la codicia hablara más fuerte que la razón. Invertí sin pensar, sin prepararme, convencido de que, si había ganado en el MLM, también podía ganar en cualquier cosa.

Hasta que llegó la madrugada que me rompió por dentro.

Eran casi las tres de la mañana. La casa estaba en silencio, apenas el zumbido de la nevera en la cocina. Yo, encerrado en mi cuarto, con los ojos rojos y las manos temblando sobre el mouse, tenía abierta una operación grande. Muy grande.

Al principio parecía que iba bien, pero en segundos todo se volteó. La gráfica se pintó de rojo como si sangrara, y mi cuenta empezó a desplomarse. 500 dólares. 1.200. 1.800. 2.400. Yo sudaba, respiraba entrecortado, como si estuviera ahogándome.

Cuando vi los -3.000 en la pantalla, me quebré. No fue solo la cifra: fue la certeza de que lo que había construido, lo que soñaba, lo que me repetía todos los días frente al espejo, se estaba derrumbando frente a mis ojos.

Grité. Grité tan fuerte que mi madre se despertó sobresaltada. Entró a mi cuarto y me encontró con la cara entre las manos, llorando de rabia y frustración.

—¿Qué pasa? —preguntó con voz temblorosa.

—Estoy cansado, mamá... —le dije entre sollozos—. Estoy cansado de perder, cansado de no avanzar, cansado de todo.

Ella no entendía de números ni de gráficos, pero entendía mi dolor. Y yo entendí algo esa noche: que el mercado no solo se lleva tu dinero, se lleva tu orgullo, tu confianza, tus fuerzas.

Ese grito se me quedó tatuado en el alma. Y, aun así, lo más absurdo fue que no solté el trading. Me aferré más. Porque el trading, cuando se mete en la sangre, se convierte en obsesión. Una obsesión que puede destruirte, pero a la que siempre le pides una última oportunidad.

Después de ver esos -3.000 en la pantalla, lo que vino no fue una rabia puntual ni un llanto limpio: fue un apagón cotidiano que me fue carcomiendo desde adentro. La primera semana no tuve hambre. La comida me daba asco, tanto por el sabor como por lo que representaba: cada bocado era un recordatorio de que yo no sabía administrar ni proteger lo poco que alguna vez tuve. Los platos quedaban fríos en la mesa; mi mamá me llevaba la cena y yo la dejaba intacta porque comer me parecía una traición al dinero que había perdido —como si alimentarme fuera celebrar la derrota.

Las noches se convirtieron en filetes de insomnio. Me sentaba frente al computador esperando que los números hicieran una magia y se arreglaran solos, pero el silencio me devolvía la misma cifra roja, una y otra vez. El cuerpo se me tensó: los fibromas en la columna, que antes dolían en días de esfuerzo físico, ahora explotaban con punzadas cuando la ansiedad me tomaba. El dolor físico y el dolor de la pérdida se mezclaban hasta que ya no supe distinguir cuál dolía más.

Lo que había construido con el MLM —las llamadas, las reuniones, la energía de la gente que creí que confiaba en mí— se derrumbó en cuestión de semanas. Personas a las que yo había prometido ganancias, a las que había convencido con mi discurso de “esto sí funciona”, empezaron a reclamar. Mensajes. Llamadas. Paciencia que se agotaba. “¿Y mi plata?”, “¿qué pasó con lo que nos dijiste?”, “¿por qué nos metiste en esto?”. Cada notificación era una pequeña detonación en mi pecho. Sentía que debía explicaciones que no tenía cómo dar.

Empezaron a aparecer rostros en la puerta. Gente que había invertido por mi recomendación, conocidos que me hablaban con la decepción tatuada en la cara. Yo evitaba mirar a los ojos; bajaba la cabeza como un condenado que espera el veredicto. No sabía dónde esconderme. Me imaginaba detrás de las cortinas, observando a la gente pasar, evitando que alguien se acercara a la puerta para no enfrentar la vergüenza de mi fracaso.

La vergüenza pesa, y pesa en el cuerpo. Me hacía pequeño: las manos me temblaban cuando el celular sonaba, el estómago se me encogía como si alguien lo apretara con fuerza. Me acordaba de diciembre, de mi madre pintando las paredes del apartamento nuevo, de su sonrisa al ver los muebles, y me daba tanta rabia haberlo puesto todo en juego sin pensar. Aquella remodelación que fue mi orgullo se convirtió en una cuchillada cuando tenía que admitir, incluso frente a mí mismo, que lo había perdido todo por cabezonería y por creer que el dinero venía sin reglas.

La culpa se metió en cada rincón: culpa por la gente a la que indiqué este camino, culpa por las deudas que quedaron pendientes, culpa por las promesas rotas. A veces me despertaba

en la madrugada y me encontraba hablando solo, repitiéndome excusas que no me convencían ni a mí: *“mañana lo recupero”*, *“esta operación me arregla todo”*. Fueron mentiras que me calmaban un rato y luego me dejaban aún más vacío.

Y la soledad —esa sensación que antes creía temer tanto— se volvió compañera constante. Mis amigos se fueron apartando; algunos juzgaban, otros miraban con cautela. En la casa, el ambiente estaba tenso; yo intentaba no cargar a mi mamá con mis problemas, pero las paredes escuchaban, y yo sentía que mi fracaso llenaba el cuarto como humo denso. Me volvía defensivo, cortante; diría cualquier cosa para evitar mostrar debilidad. Hubo días en que me encerré y no salí en horas, esperando que el tiempo borrara lo hecho, esperando un milagro que nunca llegó.

Lo más doloroso era la sensación de haber fallado no solo a extraños, sino a quienes más me importaban. Me repetía hasta la náusea que lo había hecho por sacar a mi familia adelante, pero en la práctica les había puesto en riesgo y les había traído noches largas. Ese conflicto interior me carcomía: querer lo mejor y, al mismo tiempo, ser la causa de su angustia.

El dinero puede ayudarte a levantarte en un segundo y derribarte en otro. Yo viví las dos caras con una velocidad que me dejaba sin aire. Quedé desnudo ante mí mismo: sin excusas, sin artificios. Y esa desnudez dolía más que cualquier número. Era tener que mirar al espejo y reconocer que mi orgullo, mi terquedad y mi falta de educación financiera habían convertido la promesa de libertad en una jaula cerrada con llave.

En esos días aprendí, a precio de sangre, que la pérdida no es solo económica: es una herida que modifica la forma en que te paras en el mundo. Me costó dormir, comer, respirar. Y lo peor: me costó la paz.

Cuando uno gana dinero rápido, sin preparación, sin bases, lo primero que hace no es administrarlo... lo primero que hace es creérsela. Y ese es el inicio del final.

Porque el dinero no solo multiplica lo que tienes en el bolsillo: multiplica quién eres por dentro. Si eres organizado, el dinero te vuelve visionario. Pero si eres desordenado, impulsivo, sin educación financiera... el dinero se convierte en gasolina sobre tu propia destrucción.

Yo lo viví. Ganar 6.000 dólares al mes a mi edad era un milagro, pero en vez de verlo como una responsabilidad, lo vi como un trofeo eterno. Creí que nunca se iba a acabar, que siempre habría otro cheque, otro mes igual o mejor. Y ahí estuvo mi error: pensé que el dinero era infinito, cuando en realidad es frágil, es volátil, es un recurso que se respeta o te abandona.

No se trata solo de cuánto haces, sino de qué haces con lo que haces. Con dinero puedes remodelar la casa de tu madre y darle una navidad inolvidable, pero con las mismas manos puedes arruinarlo todo y terminar gritando frente a un computador a las tres de la mañana. La diferencia está en la administración, en la educación, en la disciplina de entender que no importa lo rápido que llegues: si no sabes sostenerlo, se va más rápido de lo que entró.

El dinero es como un visitante orgulloso: llega si lo tratas con respeto, pero si lo desperdicias, si lo usas para inflar tu ego en lugar de construir cimientos, se marcha sin mirar atrás. Y cuando se va, no solo se lleva los billetes: se lleva tu confianza, tus relaciones, tu paz.

Por eso, la verdadera riqueza no empieza con hacer dinero; empieza con aprender a cuidarlo. A darle un propósito. Entender que cada dólar debe tener un lugar, una misión, una razón de ser. Sin eso, ganar mucho solo acelera tu ruina.

Yo tuve que perderlo todo para entenderlo. Y hoy lo digo claro: la educación financiera no es opcional, es un salvavidas. Porque el dinero puede ser un gran aliado... o tu verdugo más despiadado.

En medio de todas esas pérdidas, de esas noches de insomnio donde me quedaba mirando el techo con el estómago vacío y la mente hecha trizas, hubo un pensamiento que me partió en dos: me había vuelto esclavo del dinero y me había olvidado de Dios.

Porque el dinero es necesario, claro que sí. El dinero paga cuentas, da techo, da comida, da dignidad. Nadie puede negar su importancia. Pero el problema empieza cuando el dinero se convierte en tu dios, cuando lo persigues con tanta obsesión que dejas a un lado al verdadero. Y eso fue lo que me pasó: puse al trading, a los cheques del multinivel, a los números en la pantalla, por encima de todo lo demás.

Creí que el dinero me iba a dar identidad. Que si tenía un carro, un apartamento bonito, ropa limpia y cara, entonces ya valía algo como persona. Y en esa carrera olvidé que el único que da identidad real es Dios. El dinero puede llenarte el bolsillo, pero solo Dios puede llenar el alma.

Lo irónico es que el mismo dinero que pensé que me iba a hacer libre, me encadenó. Cada dólar perdido era un latigazo; cada deuda, una cadena más en mis pies. Vivía como un preso de mi propia ambición. Ahí entendí algo que jamás olvidaré: cuando buscas al dinero por encima de Dios, terminas perdiendo ambos.

Porque, ¿de qué sirve remodelar una casa si en tu corazón hay ruinas? ¿De qué sirve gritar que eres libre si vives atado a las gráficas, a las deudas, a la mirada de los demás? ¿De qué sirve tener billetes si no tienes paz?

Ese diciembre en el que le cambié el apartamento a mi madre fue hermoso, pero después comprendí que no fui yo, fue Dios permitiendo que con un dinero pasajero yo pudiera darle un regalo eterno. Y aun así, en mi arrogancia, creí que era mi mérito, mi inteligencia, mi "habilidad". Ahí fue cuando comencé a caer.

El dinero es importante, pero no lo es todo. Con dinero puedes comprar una cama, pero no el sueño. Puedes comprar medicinas, pero no la salud. Puedes pagar compañía, pero no el amor. El dinero te da cosas, sí, pero solo Dios te da sentido.

Hoy miro atrás y sé que si no hubiera tocado fondo, nunca lo hubiera entendido. El dinero sin Dios es vacío. Dios sin dinero sigue siendo plenitud. Pero cuando pones ambos en

orden, cuando entiendes que el dinero es un recurso y Dios es la fuente, ahí es cuando todo cambia.

Porque al final, el dinero va y viene, se gana y se pierde, pero Dios permanece. Y si uno no aprende a verlo así, está condenado a repetir la misma rutina, una y otra vez.

Las cadenas invisibles

Después de aquella madrugada en la que quemé \$3.000, la vida ya no volvió a ser la misma. No era solo el dinero perdido, era la sensación de estar en una caída libre sin paracaídas. Yo sabía que estaba jodido, pero lo que no sabía era lo profundo que podía llegar ese abismo.

Los días pasaban lentos. Me levantaba sin ganas, sin hambre, con el mismo vacío clavado en el estómago. La comida en la mesa se quedaba fría, y mi madre, sin entender del todo, me miraba con esa mezcla de preocupación y dolor. Yo evitaba su mirada. ¿Cómo le explicaba que su hijo, el que había llenado la casa de ilusión con una remodelación en diciembre, ahora estaba quebrado y con deudas que ni un hombre de 40 años aguanta?

Las deudas empezaron como una llovizna, pero pronto se convirtieron en tormenta. Gente a la que yo había convencido en el MLM, personas que confiaron en mí porque yo hablaba con seguridad, ahora me buscaban con la cara dura del reclamo. Tocaban la puerta. Mandaban mensajes. Algunos venían con tono calmado, otros con rabia. “¿Dónde está mi plata?”, “tú me dijiste que esto era seguro”, “no me puedes salir con excusas”.

Cada notificación en el celular era un puñal en el pecho. Había días en los que lo ponía en modo avión solo para no enfrentar la realidad. Pero la realidad no se apaga con un botón: siempre estaba ahí, esperando en forma de llamadas perdidas, de mensajes sin responder, de golpes en la puerta.

Yo me escondía. Bajaba la cabeza cuando caminaba por la calle, temiendo cruzarme con alguien que me cobrara. Cerraba las cortinas para que no me vieran dentro del apartamento. Me sentía acorralado, como un animal enjaulado esperando el siguiente golpe. Y lo peor era que esa jaula no la había construido nadie más: la había construido yo, con mis decisiones, con mi arrogancia, con mi falta de educación financiera.

El dinero que una vez me dio alas, ahora me ponía cadenas invisibles. No podía dormir; y cuando dormía, soñaba con números rojos, con rostros decepcionados, con la palabra “fracaso” escrita en mi frente.

Lo más duro no eran los cobradores, ni las deudas, ni siquiera el dolor físico que ya se estaba manifestando en mi cuerpo por el estrés. Lo más duro era el eco dentro de mí: esa voz interna que me repetía, una y otra vez: *“la cagaste, lo tuviste y lo perdiste, no sirves*

para esto, nunca vas a salir de aquí". Esa voz se volvió mi enemiga más cruel, porque no se callaba ni con gritos, ni con música, ni con oraciones.

Yo quería salir. Quería volver a sentirme libre, a sentir que tenía el control. Pero cada intento era como dar pasos en arenas movedizas: mientras más luchaba, más me hundía.

Y fue en ese pozo donde entendí algo brutal: ganar dinero sin preparación es tan peligroso como perderlo. Porque lo primero te infla el ego, y lo segundo te destruye la identidad. Y si no tienes a Dios como centro, si no tienes educación financiera como base, estás condenado a vivir una y otra vez el mismo ciclo: euforia, caída, dolor.

Ese fue mi infierno personal. Y lo más irónico de todo es que, aun en la peor oscuridad, todavía quería seguir intentando. Como un adicto que sabe que la droga lo mata pero no suelta la pipa, yo sabía que el trading me estaba destrozando... y aun así no podía dejarlo. PUES VENÍA ALGO PEOR...

Vivía en un barrio residencial donde la gente pone caras de calma y la pintura siempre huele a nueva. Por dentro, a los veinte años, yo estaba destrozado. Había dejado la universidad y me sentía como un tren descarrilado: con velocidad, sin rumbo y con el corazón hecho pedazos.

Después de quemar esos 3.000 dólares, no pensé: reflexioné mal, actué peor. En vez de parar, monté un fondo de inversión prometiendo pagar un 20% mensual. Era una idea de mierda, una locura vestida de traje. La ambición me encegueció: creí que con fórmulas rápidas arreglaba lo que la vida había dejado roto. No sabía lo que hacía. No tenía ni puta idea.

Al abrir los ojos cada mañana, la primera frase que cruzaba mi mente era una cuchillada: *"me quiero ir"*. No era un pensamiento pasajero; era un peso sólido que me aplastaba la garganta. Comer me daba asco. Dormir era una batalla. Salir de la casa me daba miedo, como si en la calle me esperara el pago definitivo por mis errores.

Me aislé. Corté a todos. Al MLM lo mandé al carajo; ya no quería discursos ni promesas. Prefería el silencio porque así podía fingir que no me devoraba la vergüenza. Los mensajes que antes celebraban mis "éxitos" se volvieron ausencias o reclamos. La gente que seguía mi camino se fue transformando en sombras que tocaban la puerta para pedir respuestas que yo no tenía.

Las noches se volvieron horas de vigilancia: mirar la pantalla esperando que algún número mágico devolviera la dignidad. Las mañanas, un pantano de culpa. Las llamadas no respondidas eran martillazos; las visitas inesperadas, sentencias. Mi madre lo notó todo. Ella veía al hijo que un diciembre había pintado su casa con orgullo y ahora no lo reconocía: la risa se le quebraba, la mirada se le llenaba de miedo.

No solo perdí plata: me perdí a mí. La remodelación, las fotos, la sensación de haber "logrado algo" se convirtieron en una jodida ironía. Todo aquello que usé para probarme al mundo terminó siendo la prueba de mi fracaso. La hiedra del dinero fácil me envolvió hasta que ya no distinguía si era yo quien la sostenía o ella quien me asfixiaba.

Esto no es una historia de culpa fácil ni de redención instantánea. Es el relato de cómo una decisión —un mal cálculo, una soberbia— te puede poner las cadenas en los tobillos. Y lo peor: esas cadenas no siempre las ponen otros; muchas veces las forjamos nosotros mismos con nuestras prisas y nuestra ignorancia.

Voy a abrir la puerta de ese hoyo sin maquillaje en el siguiente capítulo. Allí hablaremos de las cifras que empezaron a devorar todo —las deudas que crecieron como hongos, los cobradores que llamaban con voz de sentencia, la bola de nieve que alcanzó \$100.000— y de cómo, paso a paso, la vida me obligó a mirar lo que había ignorado: la educación financiera, la humildad y la necesidad de pedir ayuda.

De esto hablaremos a fondo en el próximo capítulo. Prepárate: lo que viene es más oscuro, más real y más difícil de digerir.

Capítulo 3: Mi primera cuenta y la primera caída

En cinco meses junté cien mil dólares. Suena a película, y de hecho lo fue: una película que yo mismo dirigí con manos temblorosas. No era mi plata; era plata de gente que me vio operar, que confió en que yo sabía lo que hacía porque alguna vez les había demostrado una racha buena. Me miraban con esperanza, me firmaban cheques, me daban acceso a sus ahorros. Yo firmaba contratos, autentificaba documentos. La verdad es que, en el fondo, creía que tocaba el cielo. Cada depósito que entraba era un ladrillo más en el palacio que me estaba construyendo en la cabeza. Pensaba: *“entre más plata junte, más cerca estoy de la gloria”*. No vi la trampa: no vi que la gloria se compra barata cuando el conocimiento es caro.

En cinco meses, la bola se hizo enorme. Cien mil verdes en papeles que llevaban mi nombre. No eran tarjetas de crédito; eran esperanzas apostadas a mi “habilidad”. Y ahí fue donde metí la pata: en la soberbia de creer que un historial de meses era una garantía eterna.

Hice una jugada. Una inversión que tenía en mi cabeza era la llave maestra: “esto va a explotar y les devuelvo el doble”, me repetía. Fue un fallo de cálculo vestido de certeza. No

perdí todo, pero perdí el cuarenta por ciento del capital. No fue una cifra, fue un golpe: cuarenta mil dólares que se evaporaron. Algunos me los robaron, otros los quemé con decisiones huntasas, otra parte la metí en negocios que prometían mucho y no entregaron nada.

Recuerdo la noche en que la llamada de la primera inversionista pasó de “¿cómo vamos?” a “¿qué hiciste con mi plata?”. La voz sonaba controlada, pero la pregunta era un martillazo. Le expliqué mal, tartamudee, inventé palabras grandilocuentes que en el fondo no significaban nada. Colgué con la sensación de que una puerta se cerraba detrás de mí y de que todo el aire se me había salido del cuerpo.

Las llamadas se multiplicaron. Empezaron a llegar a la casa de mi madre. “¿Dónde está mi dinero?” decía alguien al otro lado del teléfono, y mi madre, con la inocencia de quien solo sabe que su hijo le prometió algo, me miraba con los ojos llenos de preguntas que yo no podía responder. Ver a mi madre recibir esas llamadas fue como clavar una daga en el corazón. Me había acostumbrado a verla orgullosa en diciembre, a sus manos señalando la pared nueva, a su sonrisa cuando le dije que todo iba bien. Ahora su teléfono era un micrófono que llevaba la vergüenza a la mesa.

Las noches se volvieron más oscuras. Me devoraba la ansiedad y el pánico de la forma más física: no podía comer, el estómago se me cerraba, la espalda me dolía, los fibromas en la columna se inflamaban con la intensidad del estrés. Dormía a ratos, despertaba en sudor frío, repetía en voz baja promesas que ya sabían a mentira: *mañana lo recupero, mañana organizo un pago, mañana todo cambia*.

Tuve que volver a vivir con mi madre. Me devolví a ese apartamento que yo mismo había remodelado con plata que ahora parecía humo. Volver fue humillante y absurdo: el hijo que había traído orgullo en diciembre ahora ocupaba la sala como un invitado vencido. Las miradas cambiaron; mi madre ya no sonreía de la misma manera. Había cansancio en su rostro, y un miedo que yo no sabía cómo curar.

La gente que antes me celebraba en el MLM se fue desvaneciendo. Me alejé de todos. No quise encuentros, no quise preguntas. Preferí el silencio porque en el silencio no se escuchaban las voces que me acusaban: “¿por qué nos metiste a esto?”, “¿quién firma ahora por nosotros?”, “nos prometiste seguridad”. Mensajes que explotaban en mi celular como pequeñas bombas. Yo ignoraba, apagaba el teléfono y me sentaba en la oscuridad a intentar pensar en soluciones que ya no había.

Llegaron los cobradores —y con ellos, la sensación de peligro real. No eran solo llamadas; eran pasos, nombres que aparecían en la lista de registrados, personas que habían apostado su sueldo y ahora querían respuestas. El miedo ya no era abstracto: era alguien que podía llamar a la puerta a las ocho de la mañana con una cara que no olvida. Pensaba en esconderme, en huir. A veces fantaseaba con desaparecer porque la idea de enfrentar a esa jauría me parecía insoportable.

Pero lo peor no eran los externos: era la voz interna. Esa que me decía que era un incapaz, que había engañado a quienes confiaron en mí, que la vida me había colocado en el lugar que merecía. Esa voz me quitaba el aire. Me senté una noche y me miré al espejo hasta que no pude más. Cayó la rodilla en el suelo como respuesta. No recuerdo cuánto tiempo

estuve ahí, solo sé que empecé a orar con una urgencia primitiva: *“Dios, ya no puedo. Si no me dejas volver a hacer las cosas bien, dame otra salida”*. Me arrodillé y lloré como no había llorado en años. En medio de la humillación y el ruido, pedí ayuda de la forma más genuina que conocía: entrega total.

Mi madre, con lo poco que pudo, hizo algo que aún hoy arde en mi memoria como un acto de amor y confianza infinita: consiguió 2.500 dólares con un prestamista al 5% para que yo empezara a pagar a la gente. Ese dinero fue la cuerda que me lanzaron cuando ya me había caído al río. No pagó todo, no era la solución, pero fueron pagos pequeños, casi simbólicos, que trajeron un respiro. Con esa plata empecé a devolver de a poquito, a estabilizar llamadas, a mostrar que no estaba huyendo.

Prometí de todo: que iba a dejar el trading si era necesario, que me iba a educar, que les devolvería cada centavo. Pero en la misma frase que pronunciaba promesas estaba la amenaza oscura que me susurraba: *si no me vuelvo bueno, me quito la vida*. Fue la desesperación tal cual: la sensación de que el mundo me había puesto contra la pared y yo no tenía otra salida. Esa frase —esa promesa suicida que hice en la intimidad de mi habitación— me heló la sangre.

Hubo noches en que pensé que la casa iba a quedarse sin luz por falta de pago, noches en que el sonido de la calle me parecía la llegada de la sentencia. Vivir así es aprender a respirar a pequeños sorbos. Cada pago que hacía, por mínimo que fuera, era una victoria que apenas tapaba la herida. Cada llamada respondida era un parche sobre una marea que seguía subiendo.

En el centro de todo esto estaba la lección más dura: la responsabilidad de manejar dinero ajeno no se improvisa. La soberbia de creer que porque una racha buena suele repetirse te da derecho a jugar con la vida de otros es una condena. Había roto la confianza de gente que confió en mí y había puesto en riesgo la tranquilidad de mi propia madre.

Cien mil dólares no fue solo una cifra: fue una cuerda con nudos que yo mismo había hecho alrededor de mi cuello. Y cuando esa cuerda se apretó demasiado, tuve que elegir entre asfixiarme o pedir ayuda de rodillas. Elegí arrodillarme. Fue la humillación más absoluta, pero también el inicio de algo: la rendición. No la que viene con orgullo, sino la que nace de admitir que te equivocaste, que necesitas aprender, que mereces redención y que para conseguirla debes trabajar sin atajos.

No te voy a mentir: ese pozo aún me marca. Pero de ahí salió la pregunta que me salvó: ¿quiero morir con la mentira de que soy invencible, no quiero vivir y aprender a ser responsable con el dinero y con la gente que confía en mí? Esa pregunta fue el primer paso para dejar de convertir la ambición en veneno.

En el siguiente capítulo contaré cómo fueron las conversaciones con quienes perdieron, las humillaciones frente a mi madre, las amenazas de los cobradores y la estrategia desesperada que puse en marcha para no hundir del todo a quienes confiaron en mí. Hablaré de las noches en vela negociando pagos, de vender lo que pude vender, y de cómo, a golpe de errores, comencé a arrancar el aprendizaje que días de orgullo me habían impedido ver.

Esto no ha terminado aquí; apenas empezaba la reconstrucción.

Parte II: El Infierno del Trader

Si el trading tiene un cielo, también tiene un infierno.

Y nadie que se haya atrevido a entrar en este mundo puede escapar de él. Es la parte oscura que no muestran en Instagram, la que no aparece en los cursos de “hazte rico rápido”, la que te rompe el alma mientras te convence de que nunca serás suficiente.

El infierno del trader no está en las gráficas, está en la mente. Es ese lugar donde cada vela en contra se siente como un cuchillo, donde el capital desaparece más rápido de lo que llega, y donde las promesas que hiciste —a ti mismo, a tu familia, incluso a inversionistas que confiaron en ti— empiezan a pesar como cadenas oxidadas en el cuello.

Yo estuve ahí.

Y si estás leyendo esto, probablemente tú también.

Las noches se vuelven interminables. El sueño ya no descansa, se convierte en cálculo. Te despiertas a las 3 de la mañana para revisar si el mercado respetó el nivel que habías marcado. Y si no lo respetó, el cuerpo entero ardía en ansiedad. El corazón late más fuerte que cualquier alarma.

No es solo el dinero que se va; es la confianza. El infierno es perder una operación y sentir que perdiste tu identidad. Es ver números rojos y escucharlos gritar en tu cabeza: *“Nunca fuiste trader, solo eras un iluso jugando a serlo.”*

Pero lo más cruel de este lugar es el espejo que te pone enfrente. El mercado no te insulta ni te golpea. Solo refleja tus vacíos: tu avaricia, tu impaciencia, tus miedos, tu falta de disciplina. Y ahí es donde entiendes que la verdadera guerra no era contra la volatilidad, sino contra ti mismo.

En este capítulo no voy a endulzar nada. Voy a mostrarte cómo es el fuego, cómo huele la derrota y cómo duele cargar con un capital que no era solo tuyo. Porque todo trader que aspira a sobrevivir tiene que conocer su propio infierno.

Y si estás dispuesto a atravesarlo conmigo, te prometo algo: saldrás distinto. Tal vez no más rico, pero sí más real.

Todo trader que se adentra en este camino pasa por un purgatorio silencioso que pocos se atreven a contar. Y aunque cada historia es distinta, el infierno suele tener las mismas fases, como si fueran círculos en los que inevitablemente caes.

1. La caída del ego.

Al inicio, entras creyendo que el mercado es un rompecabezas que vas a resolver en pocas semanas. Ganas algunas operaciones y tu ego se infla. Sientes que lo entendiste, que quizás encuentres el atajo que tantos buscan. Esa racha de victorias iniciales es la droga más peligrosa: te hace creer invencible.

Pero pronto llega la primera pérdida grande. No hablo de una operación en rojo que cierras con fastidio, sino de un golpe seco, de esos que te borran en un segundo lo que habías construido en semanas. Es la bofetada que te recuerda que aquí nadie controla nada, que el mercado no perdona ni se apiada de tu entusiasmo. Ese momento es un antes y un después. Es la puerta de entrada al infierno.

Yo lo viví de manera brutal. Esa primera gran pérdida no solo me quitó capital, también me arrancó seguridad. Pasé de sentir que estaba un paso adelante del mercado a verme completamente desnudo frente a él. Es como si el piso se abriera bajo tus pies y de pronto no supieras en qué sostenerte.

El dolor no es solo el dinero que se va. Es la traición de tus propias expectativas. Es mirar la pantalla y no entender cómo algo que parecía tan claro se convirtió en tu peor error. Es darte cuenta de que lo que ganaste antes quizá no era habilidad, sino suerte disfrazada. Y cuando esa verdad te golpea, duele más que la pérdida misma.

Ahí empieza el verdadero descenso: la duda. Ya no confías en tu estrategia, ni en tu criterio, ni siquiera en ti mismo. Cada vez que vas a entrar al mercado, tu mano tiembla. Y cuando por fin entras, el miedo te consume antes de que la vela se mueva. La primera gran pérdida no solo te quita dinero, te roba la inocencia. Te convierte en otro.

Muchos abandonan en ese punto. Otros se obsesionan con recuperarlo rápido y terminan cayendo más profundo. Yo caí. Y entendí algo que cada trader descubrirá tarde o temprano: la primera gran pérdida es el bautizo de fuego. Es un recordatorio brutal de que aquí no se gana por emoción ni por deseo. Aquí se gana cuando aprendes a perder sin destruirte en el intento.

2. El desangre del capital.

No pierdes todo de golpe; lo vas viendo sangrar día tras día. Ese es el verdadero tormento: morir en cámara lenta. Un stop loss mal puesto, una operación que no cierras a tiempo, un movimiento que juraste que “iba a respetar” y no respetó ni mierda. Cada error es una puñalada, y lo peor es que sabes que tú mismo estás sosteniendo el cuchillo.

El saldo baja, y con él, tu esperanza. Empiezas con la confianza inflada, creyendo que mañana te recuperarás, pero la pantalla te escupe números rojos como si se burlara en tu cara. Te levantas con rabia, te acuestas con ansiedad, y al día siguiente vuelves a sentarte como un adicto que no aprende.

Y ahí entiendes algo brutal: el trading no te roba solo dinero. Te roba tiempo, energía y paz. Te arrancan las horas que podrías estar con tu familia, pero estás ahí, pegado a una puta gráfica que no le importa si vives o mueres. Te quita la calma de dormir, porque aunque cierres los ojos, las velas siguen bailando en tu cabeza. Te drena la energía, porque cada pérdida es como cargar un saco de cemento en el pecho.

El desangre no es solo en la cuenta, es en tu alma. Llega un punto en el que ni disfrutas una ganancia, porque sabes que mañana puedes perderla en un segundo. Te conviertes en esclavo de un juego que ya no disfrutas, pero del que tampoco sabes cómo salir.

Ese goteo constante es peor que una caída fulminante. Porque una gran pérdida te rompe de una vez, pero el desangre lento te corroe, te pudre por dentro. Te deja vivo, pero destrozado. Y mientras miras cómo tu cuenta se hace más pequeña, lo único que puedes preguntarte es: *¿cuándo carajos va a parar?*

3. La cárcel mental.

Cuando el dinero se va, llegan los demonios de la mente.

Y no hablo de unos simples pensamientos molestos, hablo de voces que no callan, que se ríen de ti, que te dicen al oído una y otra vez: *“Perdiste porque eres un imbécil. Nunca vas a recuperarlo. Todo lo que construiste se fue a la mierda por tu culpa.”*

Cada pérdida se repite como un eco infinito: *“¿Por qué no cerré antes? ¿Por qué no esperé? ¿Por qué no seguí mi plan?”* Pero ese eco no se apaga, retumba día y noche, hasta que te das cuenta de que ya no es el mercado quien te castiga, eres tú mismo, golpeándote con recuerdos, con reproches, con culpas que no terminan.

Yo la cague con 100.000 dólares perdidos. y quizá en este punto te preguntes por que te hablo por medio de este libro tan fuerte, pero es hora de que despiertes.

Cien mil. Escribirlo duele, pero vivirlo fue peor. No era solo dinero, era confianza de personas que creyeron en mí, era la ilusión de que estaba destinado a algo grande. Y de repente, todo se derrumbó frente a mis ojos. Una pantalla en rojo, un saldo que se esfumaba, un corazón que no podía con el peso de esa cifra.

Cuando pierdes tanto, no duelen los números; duele imaginar lo que habrías hecho con ellos. Duele pensar en cómo habría cambiado tu vida, tu familia, tu futuro. Duele sentir que cada dólar que se fue era un pedazo de tu identidad arrancado de cuajo.

Ahí es cuando el trader se convierte en su propio verdugo.

No necesitas que nadie te juzgue, tú mismo te pones la soga al cuello. Te repites cien veces al día lo estúpido que fuiste, te castigas reviviendo el momento en que pudiste salvarlo todo y no lo hiciste. Esas escenas se vuelven cadenas oxidadas que arrastras sin poder soltar, un martillo que golpea tu mente cada vez que intentas respirar.

Perder 100.000 dólares no es solo una lección financiera; es una herida que no cicatriza. Te deja vacío, quebrado por dentro. Y lo peor es que nadie lo entiende de verdad, porque para los demás es “solo dinero”. Pero tú sabes que fue más: fueron sueños, confianza, horas sin dormir, lágrimas escondidas, fe depositada en ti que ahora parece traicionada.

Esa es la verdadera tortura del trading: no la pérdida en sí, sino el infierno mental que viene después. Porque el dinero puede irse en un segundo, pero los demonios que deja se quedan mucho más tiempo. “El mercado no te quita dinero, te rompe la mente a patadas y te grita en la cara: *no eras tan bueno como pensabas.*”

4. El autoengaño.

Es aquí donde muchos se pierden.

El autoengaño es el veneno más dulce que existe en el trading. Empiezas con frases pequeñas, casi inocentes: *“El mercado estuvo manipulado”, “fue mala suerte”, “mañana me*

recupero". Palabras que parecen consolar, pero que en realidad son las primeras paladas con las que comienzan a cavar tu propia tumba.

Y no te das cuenta de lo hondo que caes hasta que ya no puedes salir.

Cada justificación que te inventas es una venda en los ojos. Crees que te proteges del dolor, pero lo que haces es anestesiarte mientras el hueco se hace más profundo. Y el mercado, frío e indiferente, te deja seguir cavando.

En lugar de aprender, repites.

En lugar de corregir, tropiezas en la misma piedra.

En lugar de asumir, te escondes detrás de excusas que solo tú crees.

Ahí está la trampa: en que nadie te obliga a enfrentarte. Nadie viene a sacudir los hombros y gritarte que pares. Tú eres juez y parte. Tú eres víctima y verdugo. Y esa soledad es devastadora, porque el único que podría salvarte eres tú mismo... pero prefieres mentirte para no aceptar lo evidente.

El autoengaño no es un error, es una condena.

Te convence de que aún tienes el control, cuando en realidad lo perdiste hace mucho. Te hace pensar que todavía eres trader, cuando ya te comportas como un apostador desesperado. Te mantiene "vivo" en el mercado, pero muerto en todo lo demás: en tu disciplina, en tu claridad, en tu paz.

He visto —y yo mismo he sido— ese hombre frente a la pantalla, justificando cada pérdida con argumentos vacíos, como si el universo entero conspira contra él. Pero la verdad es fría y cortante: el único enemigo eres tú. Y mientras no lo aceptes, no hay salida, solo un hueco cada vez más profundo.

El autoengaño es la fase donde mueren los sueños. Donde los traders dejan de serlo y se convierten en sombras que algún día creyeron en sí mismas.

Y entenderlo duele. Pero más duele vivir toda una vida mintiéndote.

5. La soledad.

Pocos entienden lo que vive un trader. Desde afuera parece un simple juego de gráficas, pero por dentro se siente como una guerra sin tregua. Esa soledad puede ser la más dura: estar rodeado de gente y aun así sentir que nadie comprende tu batalla.

El infierno del trader no es una metáfora; es real. Es el lugar donde descubres la fragilidad de tu mente y la dureza de tu ambición. Donde aprendes que el mercado no te destruye: te desnuda.

Y solo cuando has tocado ese fondo entiendes una verdad brutal: la mayoría no sale de ahí. Muchos abandonan, otros quedan atrapados en un ciclo eterno de pérdidas. Son pocos los que encuentran la salida.

En mi etapa más dura como trader me sentí completamente solo. No era la soledad de estar sin gente, era la más cruel: la de cargar un peso que nadie más entendía. Lloraba solo, tragándome el dolor en silencio, como si compartirlo fuera una vergüenza. Solo mi mamá supo lo que me estaba destrozando por dentro, porque un día me quebré frente a ella. El resto del mundo jamás lo supo.

Me volví callado, distante, casi invisible. Los días pasaban lentos, las noches sin dormir eran eternas, y yo me encerraba en mi propio silencio, evitando hablar con cualquiera porque ¿qué podían entender ellos de lo que era perderlo todo frente a una pantalla?

Recuerdo un viaje en el que, lejos de todos, me quebré de nuevo. Lloré solo. Nadie me consoló, nadie me preguntó qué pasaba. Y tal vez ahí entendí la verdad más fría de este oficio: el trading te acompaña mientras ganas, pero cuando pierdes, solo te queda el eco de tu respiración y el vacío de tus lágrimas. Esa es la soledad del trader: descubrir que tu batalla es tuya y que nadie más puede pelearla por ti.

Este libro no pretende evitar el infierno. Pretende mostrarte que atravesarlo es necesario. Porque el que sobrevive a ese fuego ya no vuelve a ser el mismo.

Capítulo 4: Cuentas rotas, sueños rotos

El trading te promete libertad, pero primero te muestra el precio de esa promesa. Cada pérdida es como una grieta en el vidrio: no destruye todo de inmediato, pero lo va resquebrajando hasta que un día se rompe en mil pedazos. Eso fue lo que pasó conmigo: las cuentas se rompieron y, con ellas, también mis sueños.

Al inicio, uno cree que el dinero es solo dinero, que siempre habrá otra oportunidad. Pero cuando ves seis cifras evaporarse en la pantalla, no son solo números los que desaparecen: es tu confianza, tus metas, tus noches de esperanza. Es un pedazo de tu vida que se esfuma frente a tus ojos. Perder \$100.000 no fue solo una herida financiera, fue como si alguien arrancara páginas enteras de mi historia.

Las cuentas rotas no hablan solo de balances en rojo; hablan de madrugadas en vela, de lágrimas escondidas, de planes de vida que se deshicieron en cuestión de segundos. Porque en este juego no pierdes una cifra, pierdes tiempo de tu vida, pedazos de tu energía, y hasta la fe que alguna vez te sostuvo.

Lo más cruel es que el trader, en su arrogancia, siempre cree que mañana se recupera. Y así, como un adicto, vuelve a depositar, vuelve a intentar, vuelve a convencerse de que esta

vez será distinto. Pero las cuentas siguen cayendo, y con ellas se derrumban los sueños que alguna vez parecieron tan cercanos.

Llega un momento en que miras atrás y ya no ves una simple pérdida. Ves la traición de tu propio ego, ves la ingenuidad de haber creído que podías vencer a un monstruo que ni siquiera entiendes del todo. Ves cómo cada click fue un ladrillo arrancado de la casa que estabas construyendo para tu vida.

Cuentas rotas, sueños rotos. Esa es la verdad del infierno del trader: no es el mercado el que destruye, eres tú mismo el que entrega tus ilusiones a cambio de una esperanza que nunca se cumple. Y cuando el polvo se asienta, lo único que queda es ese silencio frío, esa sensación de haber enterrado no solo dinero, sino años de esfuerzo, confianza y fe.

Ese es el precio de jugar un juego que no perdona. Y lo peor es que las cuentas pueden volver a abrirse, pero los sueños que están rotos... esos nunca vuelven a ser los mismos.

Capítulo 5: El precio oculto: ansiedad, deudas y soledad

El trading no solo cobra dinero. Su precio más alto casi nunca se ve reflejado en la pantalla. Lo pagas en la mente, en el cuerpo, en el alma. La ansiedad se convierte en tu despertador y en tu última compañía antes de dormir. Vives en una montaña rusa emocional donde cada vela verde te infla el pecho y cada vela roja te arranca un pedazo de vida.

Las deudas llegan como sombras. Al principio crees que podrás cubrirlas con la próxima ganancia, pero el mercado no tiene compasión. Las cifras en rojo no solo son números: son llamadas que evitas, promesas rotas, facturas que se acumulan y la vergüenza silenciosa de no poder cumplir lo que prometiste.

Y luego está la soledad. Esa que no se resuelve con compañía física, porque nace del vacío de sentir que nadie entiende la guerra que libramos frente a una pantalla. Puedes estar rodeado de gente, pero por dentro estás aislado. Lloras en silencio, sonríes por compromiso y llevas el peso de tus pérdidas como una cadena invisible.

Ese es el precio oculto del trading. Uno que no aparece en ningún libro de análisis técnico ni en ningún curso de "hazte rico desde casa". Ansiedad que te carcome, deudas que te ahogan y soledad que te rompe por dentro. Todo eso es el verdadero costo de querer jugar un juego más grande de lo que estabas preparado para enfrentar.

Nadie te lo dice cuando empiezas en trading: el precio real no está en las comisiones ni en los spreads; está en tu cabeza, en tu cuerpo y en tu alma. Yo lo aprendí de la forma más cruel.

La ansiedad fue mi primera factura. No era nerviosismo común, era terror físico. El corazón se me aceleraba como si fuera a explotar, un frío helado me recorría los brazos y las manos me temblaban tanto que apenas podía mover el mouse. No sabía dónde meterme. Un día deposité \$1.000 y me cegó la codicia: entré en compras sin ver nada más y los quemé. Queriendo recuperarme, deposité otros \$1.000... y los perdí en 30 minutos. Ahí descubrí que la ansiedad no solo te paraliza: te ciega, te empuja al abismo.

Y luego vino la soledad. No esa soledad de estar sin gente, sino la que te abraza aunque estés rodeado. Recuerdo un viaje, el más frío de mi vida. Me miraba al espejo y lloraba como un niño. Ya no tenía nada que perder. Me golpeaba el pecho con rabia porque sentía que había fallado como nunca. Nadie me consolaba, nadie sabía. Era yo frente a mi reflejo, frente al monstruo que había creado.

En esos días oscuros, me encerraba en un cuarto a llorar. Cerraba la puerta no para que no me escucharan, sino porque me daba vergüenza que alguien me viera roto. Ahí entendí la verdad más cruda: el trading no te quita solo dinero, te quita la fe, la calma, la identidad. Te convierte en un extraño para ti mismo.

Ese es el precio oculto. No son solo cuentas vacías. Es el corazón acelerado, el frío que te congela, las manos temblorosas, la deuda que te asfixia, la soledad que te estruja hasta hacerte llorar frente al espejo. Nadie habla de esto en los cursos, nadie lo pone en un anuncio. Pero es el costo real de jugar un juego que no tiene piedad.

Detente un momento. Ahora respóndete con brutal honestidad:

1. ¿Cuántas veces has sentido el corazón acelerado, temblando frente a una operación que nunca debiste abrir?
2. ¿Cuánto dinero has enterrado en el mercado creyendo que era “la última vez”?
3. ¿Tienes deudas que cargas en silencio, esperando que el trading las pague?
4. ¿A quién engañas cada vez que dices “mañana me recupero”?
5. ¿Cuántas lágrimas has escondido para que nadie sepa que el trading te está rompiendo por dentro?
6. Si hoy tu cuenta se fuera a cero, ¿qué más se iría con ella: tu paz, tu confianza, tu identidad?

“El mercado no te jode por capricho, te jodes tú mismo cada vez que operas sin cabeza... y hasta que no aceptes esa puta verdad, vas a seguir enterrando cuentas y sueños.”

Capítulo 6: Mentores, cursos y mentiras que compré

En el trading no solo perdí dinero en operaciones, también lo regalé con las manos abiertas a toda la jauría de vendedores de humo que se hacen llamar “mentores”. Pagué por cursos de mierda que prometían libertad financiera en 30 días, seguí a “gurús” que apenas sabían mover una gráfica y me tragué cada puto video motivacional que juraba que el trading era el camino rápido a la riqueza.

Me vendieron la idea de que con un celular, una conexión a internet y un par de horas al día iba a construir el estilo de vida que siempre soñé. Me comí el cuento de “gana dinero mientras duermes”, “vive viajando mientras tus operaciones trabajan por ti”, “multiplica tu cuenta en semanas”. Todo era humo. Todo era basura disfrazada de oportunidad.

Lo peor no fueron ellos: fui yo. Fui yo el ingenuo que quiso creer que existía una fórmula mágica. Fui yo el desesperado que pagaba por cualquier promesa porque necesitaba aferrarme a algo, aunque fuera mentira. Y ahí estaba yo, con las cuentas rotas, comprando cursos como un adicto compra su dosis, convencido de que “este sí es el bueno”.

Este capítulo no es para endulzar nada. Es para decirlo claro: el mundo del trading está lleno de farsantes que viven de tus putas ilusiones. Y si no aprendes a reconocerlos, vas a terminar como yo: con menos dinero, más frustración y la amarga sensación de que te estafaron en la cara mientras les das las gracias.

Si algo aprendí a los putazos fue que los vendedores de humo no inventan nada nuevo. Repiten las mismas mierdas una y otra vez, porque saben que el desesperado siempre está buscando esperanza. Estos son los patrones más comunes que usan para atraparte:

1. **La promesa del camino rápido**

“Multiplica tu cuenta en 30 días”, “vive del trading en 3 meses”, “cambia tu vida ya mismo”.

Pura mierda. Nadie se hace rentable en 3 meses. Te venden urgencia porque saben que lo único que tienes es ansiedad.

2. **El estilo de vida falso**

Fotos en yates, relojes caros, vacaciones en Dubái.

Lo peor: muchas veces todo es rentado. Te venden lujos que ellos mismos no pueden sostener, solo para que asocies trading con riqueza fácil.

3. **El secreto exclusivo**

“Este es el método que Wall Street no quiere que conozcas”, “la estrategia prohibida”.

Déjame decirte algo: si fuera tan secreto y tan rentable, no lo estarían vendiendo en un puto curso de 200 dólares.

4. **La tribu tóxica**

Te meten en grupos de Telegram llenos de idiotas repitiendo frases motivacionales y mostrando supuestas ganancias. El clásico “familia trading” que solo sirve para meterte más presión y hacerte sentir que si no te va bien, eres un fracasado.

5. **El testimonio falso**

Pantallazos editados, supuestos alumnos que “ya viven de esto”, videos con actores diciendo lo mucho que les cambió la vida. Una novela de mierda donde el único protagonista que pierde eres tú.

6. **El miedo disfrazado de consejo**

“Si no compras hoy, vas a perder tu única oportunidad”.

Juegan con tu miedo a quedarte atrás, te meten prisa, te manipulan. Y tú, con la ansiedad al cuello, caes.

Me acuerdo como si fuera ayer. Un curso de \$500 dólares que prometía llevarme a \$10.000 en 90 días. ¿Y yo qué hice? Caí redondito. Me tragué todo ese discurso barato de “vive del trading en tres meses”, porque en el fondo quería creer que había un atajo, que había un botón mágico que me iba a salvar de la mierda. Al final, el único que se llenó los bolsillos fue el que vendió el curso. Yo me quedé con PDFs, videos reciclados de YouTube y la sensación amarga de haber sido un pendejo más en la lista de los estafados.

Y no fue solo un curso. También me topé con un “mentor” que parecía la reencarnación del éxito. En redes sociales solo mostraba pantallazos verdes, operaciones perfectas y una vida de lujo. Yo, desesperado, le pagué con la esperanza de aprender lo que él supuestamente sabía. La verdad me explotó en la cara: señales malas, pérdidas constantes y un “profesor”

que ni siquiera sabía lo que hacía. Ese no era trader, era un actor con disfraz de gurú. Y ahí estaba yo, con la billetera más vacía y la autoestima por el piso.

Lo peor vino con las “comunidades”. Esos grupos de Telegram que parecían el paraíso de los resultados, con capturas de ganancias todos los días y la promesa de que te “gestionaban la cuenta”. Yo, ingenuo, entregué una cuenta con \$500 buscando el camino fácil. Resultado: la cuenta quemada, mi dinero hecho cenizas y yo sintiéndome como un idiota que se dejó convencer de la forma más barata. Esos \$500 no fueron solo dinero perdido; fueron la confirmación de que la esperanza, cuando no tiene disciplina detrás, es la estafa más cara que existe.

Hoy lo digo sin pelos en la lengua: esos cursos, esos mentores de cartón y esas comunidades de mierda no solo me costaron plata, me costaron confianza. Me hicieron desconfiar de mí mismo, me hicieron dudar de si algún día podría salir adelante. Pero en el fondo, cada cagada era un espejo que me gritaba: “Deja de buscar atajos, deja de esperar milagros, nadie va a venir a salvarte”.

Por todo eso hoy tengo una academia. No para venderte sueños de mierda ni para prometer que en tres meses estarás manejando un Lamborghini rentado. La tengo porque yo ya pasé por esa trampa, ya me quemé cien mil dólares, ya me rompí por dentro. Y no quiero que tú tengas que pagar el mismo precio para aprender lo que es real.

En mi academia no vas a encontrar atajos, ni bots milagrosos, ni plantillas copiadas de internet, ni fórmulas mágicas que solo engordan al que te las vende. Aquí se aprende trading de verdad: cómo leer el mercado, cómo manejar la ansiedad, cómo no dejar que tus emociones quemen tu cuenta. El único pago que te pido son tus putas ganas de salir adelante y la disciplina para no rendirte.

Si quieres humo, vete a Instagram a seguir gurús con relojes prestados. Si quieres verdad, encuéntrame en [@juliandavidfx](https://www.instagram.com/juliandavidfx). Ahí estoy, enseñando sin filtros, sin promesas baratas, mostrando la realidad del trading como es: dura, fría, pero también posible si tienes los cojones de enfrentarla.

Parte III: Punto de Quiebre

"A veces hay que romperse en mil pedazos para dejar de vivir la mentira de que todo está bien. El dolor no es el fin, es el inicio de lo real." —Viktor Frankl.

En la vida todos tenemos un límite. No importa si es en el amor, en el trabajo, en la salud o en el dinero: llega un instante donde la carga se vuelve insoportable. Es ese momento en que la mente no da más, el cuerpo se rinde y el alma parece pedir auxilio. A eso se le llama punto de quiebre.

El punto de quiebre no siempre es un grito, a veces es un silencio. No siempre es una explosión, a veces es el vacío más frío. Es cuando miras alrededor y entiendes que ya no puedes seguir igual, que algo tiene que morir para que otra cosa nazca.

Muchos llegan ahí y se derrumban para siempre. Otros, en cambio, encuentran en ese dolor una puerta. Porque el quiebre no es solo el final de una etapa: es también la posibilidad de renacer, de reinventarse, de mirar de frente la mierda y decidir si vas a dejar que te hunda o si vas a usarla como combustible para levantarte.

El punto de quiebre no siempre viene con un número rojo en la cuenta. A veces es más profundo. Es el instante en que todo lo que dejaste atrás —amores, familia, estudios, amigos— se convierte en un eco que te recuerda que estás solo, apostando todo a un sueño que todavía no paga.

Yo toqué fondo no solo cuando perdí dinero, sino cuando perdí una parte de mí. Dejé la universidad, me alejé de mi familia, me quedé sin amistades y sin amor. Recuerdo a Alejandra, la mujer que en su momento me importaba, diciéndome con frialdad: *“De ver videos en internet nadie vive.”* Esa frase me atravesó como una bala. Sentí que todo mi mundo se desplomaba, pero aún así me aferré a mi idea de que algún día el trading me iba a salvar.

Cada vez que fallaba, cada vez que la realidad me escupía en la cara, yo tenía la mala manía de golpearme a mí mismo. Me daba golpes reales porque sentía que debía esforzarme más, que si me dolía por fuera al menos se me iba a quitar el dolor por dentro. Era mi manera de castigarme por no lograr lo que me prometí.

En mi cabeza solo había una frase: *“No sirvo para el trading. No voy a lograrlo.”* La frustración me ahogaba. Me aislé, dejé de ver a mi familia durante meses. El lector debe entender esto: el trading es un camino solitario. No es Instagram, no son carros, no son lujos; es tú contra ti mismo en una habitación donde nadie te salva.

Ese quiebre me cambió. Me enseñó a mirar el dinero distinto. Aprendí a amarlo y respetarlo, no como un dios, sino como algo que puede destruirte si no sabes manejarlo. Perdí ilusiones, relaciones, amistades. Me quedé solo para poder lograrlo. Y en ese silencio descubrí quién era de verdad.

Hoy puedo decirlo sin maquillaje:

“La vida te va a golpear en la cara, escupirte y decirte que no eres un bueno para nada. Tus amigos y relaciones te van a mirar como si fueras un hijueputa inservible. Pero sigue intentándolo. Dios no se queda con el trabajo de nadie.”

Ese es mi punto de quiebre. Ese es el lugar donde todo se rompe... y donde puede empezar a construirse de nuevo.

El precio de dejarlo todo

El sueño siempre viene con factura. Y pocas veces la ves al principio. Crees que vas a pagar con tiempo, con desvelos, con un poco de paciencia. Pero la verdad es que te cobra con lo que más duele.

Yo lo pagué con mi vida entera. Dejé la universidad, me alejé de mi familia, solté amistades que me acompañaban desde niño, renuncié al amor. Todo lo puse sobre la mesa por un sueño que me estaba devorando por dentro.

Debes entender algo: cuando apuestas por algo grande, el mundo no espera sentado a que tú lo logres. No. El mundo sigue, tus amigos siguen, tu familia sigue. Y tú te quedas en el margen, viendo cómo todos avanzan mientras tú te entierras más en la obsesión de llegar.

El precio de dejarlo todo no son solo las horas frente a la pantalla. Es quedarte solo en un cuarto vacío, con la sensación de que nadie te entiende, de que lo único que tienes son números que no paran de cambiar en una pantalla.

Golpes que vienen de afuera

El mercado puede sangrar tu cuenta, pero hay golpes que son más duros porque vienen de la gente que amas.

Recuerdo como si fuera ayer las palabras de Alejandra. Esa frase me atravesó el pecho. No era solo una crítica, era como si me dijera: “Eres un iluso. Eres un fracaso en construcción.”

Ese tipo de frases son dagas invisibles. Te las clavan personas que supuestamente te quieren, pero que no pueden comprender la magnitud de tu lucha. Y aunque te duela, te las crees. Por dentro empiezas a pensar: “¿Y si tiene razón? ¿Y si estoy perdiendo mi vida en un sueño que no sirve para nada?”

Ahí aprendes algo brutal: la gente siempre va a opinar. Los que nunca lo intentaron van a llamarte loco, los que lo intentaron y se rindieron van a llamarte ingenuo, y los que nunca entendieron tu visión van a tratarte de imbécil. Y esas palabras, cuando ya vienes golpeado por pérdidas, te destruyen más que cualquier stop loss.

Golpes que vienen de adentro

Pero los peores golpes no vienen de afuera. Los peores te los das tú mismo. El mercado no me destruía tanto como yo mismo. Nadie me juzgaba con tanta crueldad como yo me juzgaba frente al espejo. Nadie me llamaba tan inútil como yo me lo repetía a gritos silenciosos en mi mente. ¿cuántas veces no te has convertido en tu peor enemigo? ¿Cuántas veces no te has insultado, humillado, saboteado, hasta hacerte pedazos? No necesitas un enemigo afuera cuando ya lo llevas dentro.

El vacío y la frustración

El pensamiento que más me perseguía era brutal en su simpleza: “No sirvo para el trading. No voy a lograrlo.” Esa frase me comía vivo.

La frustración es un veneno silencioso. No explota, no grita. Se instala dentro de ti y empieza a devorar los sueños poco a poco. Cada intento fallido era un ladrillo más en la pared que me separaba del mundo. Cada pérdida era una voz más que me decía que no iba a salir adelante.

Si alguna vez te has sentido vacío, con la sensación de que nada vale la pena, sabes de qué hablo. Porque el trading no solo te deja cuentas en cero; te deja también las emociones en números rojos.

El cambio inevitable

Ese quiebre me enseñó algo que nunca hubiera aprendido de otra manera: el dinero no es un juego.

Antes lo veía como una meta, como un trofeo que debía alcanzar. Después del punto de quiebre empecé a verlo como lo que realmente es: un arma. Y un arma debe respetarse. El dinero puede levantarse o puede destruirte, pero nunca se puede tratar con ligereza.

Aprendí a respetar cada dólar, cada peso. Aprendí que no es el dinero el que está en juego, sino tu disciplina, tu mente, tu puta vida. El dinero es solo un espejo que te muestra lo que eres capaz de manejar. El cambio fue inevitable. No porque quisiera, sino porque la vida me obligó. El quiebre me enseñó a dejar de jugar con lo que no se juega.

El dinero que sueñas ya existe, pero aún no eres la versión de ti mismo que puede administrarlo.”

Capítulo 7: El día que casi lo dejo todo

Había una mujer. No cualquiera. Era *la mujer de mi proceso de rentabilidad*, la única que había aguantado mis madrugadas frente a la pantalla, mis pérdidas, mis cambios de humor y mis promesas de “algún día todo esto va a valer la pena”. Ese día yo le había prometido algo simple: que con el retiro del trading íbamos a comprar cosas para el apartamento. No era lujo, era dignidad. Era cumplir.

Pero ese día, en mi estudio de trading, frente a las gráficas verdes y rojas que parecían burlarse de mí, lo quemé todo. Por falta de control, por ansiedad, por ese impulso imbécil de querer recuperar lo que se pierde en un clic. En cuestión de minutos, no sólo quemé dinero: quemé una promesa. Quemé confianza.

Recuerdo quedarme quieto, con el corazón latiendo tan rápido que parecía querer salirse del pecho. Me temblaban las manos, sentía frío en todo el cuerpo y un vacío en el estómago que no sé si era hambre, miedo o vergüenza. Cerré los ojos. Quise desaparecer. Quise romper el computador. Quise gritar, pero no me salía la voz. Sólo me repetía en silencio: —No quiero quemar más dinero. Estoy cansado. Estoy cansado de prometer y fallar.

En mi cabeza sonaba una frase, como un eco de todo mi proceso: “*De ver videos en internet nadie vive*”. Alejandra me lo había dicho años atrás, y en ese momento me pareció la confirmación de que tal vez tenía razón. Quizá yo era un fracasado. Quizá nunca iba a lograrlo.

Ese fue mi instante de ruptura. Un punto en el que pensé “hasta aquí llego”. Estuve a un clic de cerrar todo, vender todo, buscar un trabajo cualquiera y resignarme. Pero no sé qué pasó. Tal vez fue orgullo. Tal vez fue rabia. Tal vez fue Dios, que no se queda con el trabajo de nadie. Pero algo dentro de mí encendió una chispa y me dijo:

—Esto no puede terminar aquí. Si vas a seguir, vas a hacerlo como un profesional.

No fue un cambio mágico ni instantáneo. Esa noche lloré en silencio, me pegué un par de veces en el pecho porque sentía que había fallado como nunca. Me quedé solo, pensando que el trading me estaba costando todo. Pero también entendí algo brutal: el trading no es un juego, y si quieres sobrevivir, tienes que transformarte primero en la persona que soporta esa vida.

Al día siguiente amanecí distinto. No más excusas. No más victimismo. No más promesas que no podía cumplir. Decidí que si seguía en el trading, lo haría para aprenderlo de verdad, no para apostar. Ese fue mi punto de no retorno.

Ese día casi lo dejo todo. Y ese día me hice una promesa más importante que cualquier retiro: *si iba a seguir, iba a convertirme en la persona que sí puede sostener sus sueños.*

La emoción y el cuerpo

Ese día no sólo se me fue el dinero, también sentí que se me iba el alma. Me empezó una tembladera incontrolable, las manos frías, la piel erizada. El hambre desapareció. No quería comer, no quería hablar, no quería existir. Era como si el cuerpo mismo me estuviera gritando: “basta”. Me agarré la cabeza con fuerza, apretando el cabello, tratando de encontrar una salida en medio del vacío.

En mi cabeza sólo había una voz, la mía, pero sonaba como un látigo:

—¿Julián otra vez? Pero si te habías prometido no volver a quemar una cuenta...

Ese diálogo interno dolía más que cualquier pérdida. No era sólo dinero. Era el peso de mis promesas rotas, de mis palabras vacías, de mis sueños hechos trizas. Me fallé nuevamente por no controlarme.

Ahí, en ese instante, me vi a mí mismo reflejado en la pantalla: un tipo derrotado, temblando, con los ojos rojos. Y entonces pensé: *“No quiero volver a vivir vacío y triste como cuando empecé en el trading”*. Esa frase me salvó. Esa rabia me sostuvo. Esa chispa me levantó.

Al día siguiente no desperté igual. No había magia, no había cuentas llenas, no había aplausos. Pero había una decisión. Me levanté con actitud, con la decisión brutal de volverme el mejor, de dejar de ser un esclavo de mis impulsos y aprender a dominar mi propio caos.

Y si pudiera decirte una verdad brutal desde ese momento, sería esta:

Hasta que no te vuelvas realmente bueno en el trading, vas a ser un esclavo del gráfico.

Ese fue mi quiebre y mi inicio. Ese fue el momento en que dejé de ser víctima y empecé a transformarme.

Capítulo 8: Lo que descubrí del 90% que pierde

Antes de empezar quiero que te preguntes lo siguiente:

- ¿Cuántas veces has abierto el gráfico no para operar, sino para sentirte menos fracasado con la esperanza de que “algo” se mueva a tu favor?
- ¿Alguna vez operaste con dinero que no era tuyo, rezando para que nadie se enterara si lo quemabas?
- ¿Cuántas veces te quedaste pegado frente a la pantalla, no por amor al trading, sino porque no tienes nada más en tu vida que te haga sentir vivo?
- ¿De verdad quieres ser trader... o lo que buscas es una excusa elegante para no enfrentar el vacío que tienes por dentro?

Si estas preguntas te incomodan, es porque algo de ti se refleja en ellas. Y ahí empieza la verdad: el 90% que pierde no fracasa por falta de estrategias, sino porque nunca se atrevió a mirarse de frente.

Mira, te lo voy a decir sin maquillaje: el 90% de los traders pierde. Eso no es un mito, es una puta estadística repetida en todos los mercados. Y no es porque el trading sea una estafa, es porque la mayoría de la gente que entra aquí lo hace buscando el camino fácil, con la mentalidad de apostador, con la ilusión de hacerse rico en tres clics.

El 90% pierde porque se engaña. Porque abren el gráfico no para analizar, sino para sentirse vivos un rato. Porque no soportan la frustración de esperar una entrada y prefieren meter operaciones de mierda, sin plan, sin stop, sólo para llenar el vacío. Esa es la realidad: usan el trading como un casino elegante. Luego hablaremos de tu adicción y ludopatía.

Pierden porque no respetan el dinero. Meten plata prestada, la de la tarjeta, la del amigo, la de la mamá, creyendo que el mercado es una puta alcancía mágica. Y cuando esa cuenta se quema, no sólo arde el saldo: arde la confianza, arden las relaciones, arde la dignidad.

Pierden porque se comparan. Ven a un bobo en Instagram mostrando 10.000 dólares en un día y se sienten unos inútiles. Entonces, en lugar de pensar, meten una operación para “probarse” que también pueden... y acaban confirmando que no. *La comparación es el veneno silencioso del trader perdedor.*

El 90% pierde porque no entiende que aquí no basta con saber análisis técnico, aquí hay que aprender a aguantarse a uno mismo. Hay que soportar la ansiedad, el puto vacío en el estómago cuando el mercado va en contra, las noches sin dormir, los temblores en las manos. Y el problema es que la mayoría no quiere ese precio. Quieren la gloria sin pagar la factura. QUIERES IR AL CIELO, PERO NO QUIERES MORIR.

¿Quieres una verdad incómoda? La mayoría no pierde por falta de estrategia. Pierde porque no tiene huevos para aceptar que son indisciplinados, ansiosos y que lo que les jode no es el mercado, sino ellos mismos. El enemigo nunca fue el gráfico, siempre fuiste tú.

Y sí, yo estuve ahí. Quemando cuentas, prometiéndome que “esta vez sí”, llorando frente a la pantalla como un imbécil, echándole la culpa a todo menos a mí. Hasta que lo entendí: si sigues pensando como el 90%, vas a morir como el 90%.

Así que abre los ojos de una vez:

- Si sigues operando sin plan, vas a perder.
- Si sigues creyendo en atajos, vas a perder.
- Si sigues buscando excusas, vas a perder.

El mercado no perdona a los pendejos. todos los errores en el trading se pagan con dinero y lágrimas

Y tú decides: ¿quieres ser parte del 90% que se arruina y termina hablando mal del trading, o del 10% que se rompe la madre, se disciplina y logra construir algo real?

Porque aquí no hay términos medios. O lo tomas como un juego... o lo respetas lo último que te queda en tu vida

La elección es tuya.

La mayoría de las personas que entran al trading está condenada a perder. No porque el mercado esté en contra, no porque el broker sea un ladrón, no porque la estrategia “no sirva”... pierden porque se sabotean a sí mismos.

Y lo más jodido es que ni siquiera lo quieren aceptar. Siempre hay una excusa a la mano: *“me faltó capital”, “el mercado estuvo raro”, “mi mentor no me explicó bien”, “el broker me cazó el stop”*. Mierda, siempre alguien más tiene la culpa. Pero nunca ellos. Nunca se sientan a decir: *“perdí porque soy impaciente, porque entré sin plan, porque no tengo disciplina”*.

El mercado no tiene sentimientos. No te odia ni te quiere. No sabe tu nombre, ni le importa si hoy necesitas pagar la renta. El mercado es neutral. El único factor que mete veneno en el juego eres tú.

Lo irónico es que los traders entran convencidos de que van a ser parte del 10% ganador. Se imaginan retirando billetes, viajando, con la libertad soñada. Pero ¿sabes qué? Todos piensan igual. Y si todos piensan igual, ¿por qué demonios la mayoría termina en números rojos?

Porque no pierden contra el mercado, pierden contra su ansiedad, contra su necesidad de resultados rápidos, contra su falta de humildad. Pierden porque entran a pelear con un cuchillo de plástico a una guerra de tanques.

El autoengaño es tan fuerte que incluso después de quemar dos, tres o cinco cuentas, siguen creyendo que la culpa fue externa. Que “la próxima sí”, que “el mercado cambiará”. No cambió. No va a cambiar. El que tiene que cambiar eres tú.

He visto cientos de historias repetirse como un puto bucle:

- **El ansioso**
Entra con poca plata, sobre apalanca, gana dos o tres veces y se cree Dios. Al cuarto trade, lo pierde todo. En su mente, no fue su culpa: fue “la mala suerte”.
- **El académico**
Lee todos los libros, hace todos los cursos, pero nunca da el paso. Entiende todo, pero cuando está frente al mercado, se congela. Su miedo es más fuerte que su conocimiento.
- **El apostador**
No entiende nada. Solo compra señales, copia a otros, y cuando pierde, le echa la culpa al mentor, al broker o a la estrategia. Nunca asume responsabilidad.
- **El que estuvo cerca**
Esto duele. Tenía resultados, estaba creciendo, pero la ambición y el ego lo destruyeron. Ganó bien una temporada, pero quiso más, abrió operaciones gigantes y el mercado le dio la lección más cara de su vida.

Lo duro de todo esto es que probablemente te veas reflejado en alguno de estos casos.

Yo también fui parte de ese 90%.

No me salvo. Conocimiento tenía, sí. Podía leer gráficos como leer un libro abierto, sabía de análisis técnico, fundamentales, gestión del riesgo... pero aun así, el ego me comía vivo.

Creía que por ser “bueno” merecía ganar siempre. Me creía invencible porque había tenido rachas de éxito. Cada vez que ganaba pensaba: *“ya lo logré, ya entendí el mercado”*. Y en lugar de volverme más prudente, me volví más arrogante. La arrogancia es la droga más peligrosa para un trader.

Empecé a sobreapalancarme, a abrir posiciones enormes “porque ya dominaba esto”. Dejé de respetar mis propias reglas. El mercado no perdona eso. Recuerdo noches sin dormir, mirando el celular cada 10 minutos, rezando para que el precio se moviera a mi favor. Recuerdo discusiones con mi pareja en ese entonces por estar ausente, por estar con la cabeza metida en una operación abierta. Recuerdo mentirme a mí mismo: *“solo una vez más, esta vez recuperaré todo”*.

Cada pérdida dolía más que la anterior, pero aun así yo buscaba culpas externas. “El mercado está manipulado”, “los brokers cazan stops”, “esta estrategia ya no sirve”. Cualquier excusa menos la verdad: el problema era yo.

Llegó un punto donde no quedaban excusas. Mi cuenta estaba vacía, mis emociones destruidas y mi orgullo hecho trizas. Esa sensación de vacío es algo que no se olvida. Fue mi punto de quiebre. Ese día entendí que si no trabajaba en mí mismo, ningún libro ni estrategia me iba a salvar. Que el enemigo no era el mercado, ni el broker, ni los gurús de Instagram. Era yo. Mis emociones, mis hábitos, mi mentalidad. Ahí comenzó el verdadero cambio.

Empecé a reconstruirme desde dentro. A poner el foco en la disciplina, en la paciencia, en el proceso, si el bendito proceso que te pondra de rodillas cien veces si es necesario. Dejé de operar para demostrarle algo al mundo y comencé a operar para hacerlo bien, me obsesione con ser el mejor. Descubrí que en el trading no gana el más inteligente ni el más rápido, sino el más constante y el que más se conoce a sí mismo, en este momento trader que me estás leyendo, tu objetivo en este momento no es ganar dinero, es volverte el mejor

Ese fue mi punto de inflexión. El momento en que dejé de ser víctima y me convertí en responsable. Y solo ahí, cuando tomé responsabilidad total, todo lo demás empezó a cambiar.

Si algo quiero que te quede claro después de leer mi historia es esto: el mercado nunca fue tu enemigo, el enemigo siempre fuiste tú mismo.

Tu ansiedad, tu falta de paciencia, tu necesidad de demostrar, tu ego queriendo comerse el mundo en un solo trade... Eso es lo que te quiebra, no el mercado.

El día que entiendas eso dejarás de ser víctima y empezarás a ser responsable. Porque mientras sigas echándole la culpa a todo menos a ti, seguirás siendo parte del rebaño del 90% que pierde una y otra vez.

El mercado es un espejo: refleja lo que eres. Si eres indisciplinado, perderás. Si eres ansioso, perderás. Si eres arrogante, perderás. Pero si trabajas en ti mismo, si dominas tu mente antes de intentar dominar los gráficos, ahí sí tendrás una oportunidad real.

No te engañes: esto no es cuestión de suerte ni de encontrar la “estrategia secreta”. Esto es cuestión de carácter. Y el carácter no se compra: se construye a punta de golpes, pérdidas y, sobre todo, responsabilidad total.

El momento más duro de mi camino fue aceptar que el problema era yo. Pero también fue el más liberador. Porque cuando entendí que yo era el problema, también entendí que yo podía ser la solución.

Capítulo 9: El momento en que entendí el juego

“Recordé a Séneca cuando dijo que no es que la vida sea corta, sino que nosotros la hacemos corta desperdiciándola. Ese fue el momento en que entendí el juego: el trading no se trataba de acertar velas ni de perseguir ganancias rápidas, sino de aprender a no desperdiciar mi tiempo en emociones inútiles, en ansiedad, en la necesidad de tener razón. El verdadero juego era dominarme a mí mismo antes de intentar dominar un mercado.”

El día de quiebre

Recuerdo esa pérdida como si fuera ayer.

Yo ya estaba construyendo mi camino hacia la rentabilidad. No era el novato impulsivo de antes: había avanzado, me controlaba mejor, sentía que por fin estaba en el sendero correcto... hasta que llegó ese día de mierda.

No fue una caída cualquiera. Fue un golpe seco, brutal, que me dejó sin aire. Un error estúpido, una entrada sin sentido, un movimiento impulsivo que no representaba lo que yo había aprendido. Por querer ganar más de lo debido, por querer “aprovechar” un momento que ni entendía, lo perdí todo.

Y lo peor no fue ver mi cuenta vacía. Lo peor fue la traición interna, la voz dentro de mí diciendo: *“otra vez, hermano, otra vez te fallaste”*. Ese día no le pedí perdón a Dios por la plata, porque la plata va y viene. Le pedí perdón porque yo mismo me había traicionado.

Sentí un vacío que no se explica con palabras. No era rabia, era tristeza pura. Salí de la pantalla, pero el mundo a mi alrededor estaba desenfocado. Caminaba y no veía nada con claridad. La calle, la gente, los sonidos... todo era ruido. Mis ojos estaban nublados, mi mente en otro planeta. Era como estar vivo por fuera, pero muerto por dentro.

Tal vez te pasó algo parecido en tu vida. Esa vez que diste todo de ti, que estabas convencido de que lo estabas haciendo bien, y de repente, todo se derrumbó. No hablo solo del trading: puede haber sido una relación, un negocio, un sueño. Ese momento donde sientes que el piso se abre bajo tus pies y no queda nada sólido a lo cual agarrarse.

Ese fue mi quiebre emocional. Y aunque dolió como nunca, con el tiempo entendí que fue lo mejor que me pasó. Porque a veces solo cuando estás en el suelo, sin fuerzas, sin orgullo, sin excusas... solo ahí puedes comenzar de verdad a levantarte.

La primera lección: reflejas lo que eres

Ese día entendí algo brutal: si yo era un desastre por dentro, eso mismo se iba a reflejar en el mercado. El trading no era solo números, velas o estrategias: era mi espejo. No existía forma de ocultarse, porque la pantalla siempre me devolvía exactamente lo que yo era en ese momento.

Si estaba ansioso, operaba con ansiedad.

Si era impaciente, entraba antes de tiempo.

Si era desordenado, gestiona mal el riesgo.

Si no tenía disciplina en mi vida, tampoco podía tenerla frente a una gráfica.

Ahí descubrí la importancia de los hábitos. Lo que haces fuera del mercado se ve reflejado dentro del mercado. Si en tu día a día no eres capaz de cumplir lo que te propones —levantarte a la hora que dijiste, comer lo que dijiste, entrenar aunque no quieras—, ¿cómo esperas que en el trading sí lo cumplas cuando hay miles de dólares en juego y tu ego gritando que arriesgues más?

El trading es un espejo cruel, pero honesto. Te desnuda. Te muestra tu versión real, no la que aparentas en redes sociales ni la que le cuentas a tus amigos. La pantalla no miente.

Ese día, con lágrimas en los ojos, me prometí no volverme a fallar. Me prometí respetarme a mí mismo para poder respetar al mercado. Porque entendí que si quería crecer como trader, primero tenía que crecer como persona. Que no existe tal cosa como “separar” la vida del trading. Eres el mismo dentro y fuera de la gráfica.

Y ese fue el inicio de mi verdadera transformación.

La segunda lección: dejar de buscar dinero

Ese fue el momento en el que dejé de perseguir dinero. Descubrí que el dinero abunda, que nunca es escaso. Lo que sí escasea es la gente dispuesta a transformarse para merecerlo.

El dinero no es el problema. El verdadero problema es la relación que tienes con él. Si lo persigues con desesperación, siempre huirá de ti. Si lo cargas de miedo, de culpa, de escasez, terminarás rechazándolo aunque no te des cuenta.

Yo tuve que preguntarme con brutal honestidad:

- ¿De verdad amo lo que hago, o solo quiero sacar plata rápido?
- ¿Estoy buscando dinero porque me falta, o porque quiero demostrarle algo al mundo?
- ¿Qué historia me cuento cada vez que gano o pierdo una operación?

El dinero refleja cómo te ves a ti mismo. Si sientes que no eres suficiente, perderás. Si crees que no lo mereces, encontrarás mil formas inconscientes de sabotearlo. Pero si te enfocas en ser valioso, en mejorar tu mentalidad, en respetar tu proceso... el dinero fluye como consecuencia.

Por eso dejé de preguntarme “¿será que esto es para mí?” y comencé a enfocarme en una sola cosa: volverse bueno en esto. Quise comprobarlo con hechos, no con sueños. Porque entendí que el dinero llega al que se convierte en la persona capaz de sostenerlo.

Te pregunto a ti, lector:

- ¿Qué pasaría si dejaras de obsesionarte con ganar dinero y te obsesionaras con volverte bueno?
- ¿Qué hábitos tendrías que adoptar hoy para ser la persona que maneja cifras grandes sin temblar?
- ¿Qué heridas con el dinero aún cargas desde tu infancia o tus fracasos pasados, y cómo esas heridas influyen en tu trading?

El mercado no te da lo que quieres, te da lo que eres. Y si quieres más dinero, el camino no es perseguirlo... es transformarte para merecerlo.

Y en este punto te quiero compartir, lo que me ayudó a mejorar mi relación con el dinero:

1. Journaling de dinero después de cada operación

- Después de cada trade (ganador o perdedor), escribe:
 - ¿Qué sentí al entrar?
 - ¿Qué sentí al salir?

- ¿Qué historia me conté sobre el dinero en este trade?
- Esto te ayuda a detectar patrones emocionales: miedo a perder, culpa, avaricia, euforia.

2. Reescribir tu historia del dinero

- Toma un cuaderno y escribe:
 - “El dinero para mí siempre ha significado...”
 - “Cuando era niño, el dinero en mi casa se veía como...”
 - “Hoy me doy cuenta de que esas creencias me han llevado a...”
- Después, escribe cómo quieres que sea tu relación ahora:
 - “Hoy el dinero es...”
 - “El mercado me paga en la medida en que...”

3. Ejercicio del desapego

- Durante una semana, opera con un tamaño de lote tan pequeño que no te importe perderlo.
- El objetivo no es ganar, sino aprender a ejecutar sin apego emocional.
- Así entrenas a tu mente a ver el dinero como energía de práctica, no como “vida o muerte”.

4. Visualización consciente

- Antes de operar, cierra los ojos y repite en voz baja:
 - “El dinero fluye hacia mí como consecuencia de mi disciplina.”
 - “No persigo dinero, me convierto en la persona que lo merece.”
- Luego visualiza cómo operas tranquilo, respetando tu plan, sin ansiedad.

La tercera lección: disciplina en la vida, disciplina en el trading

Cambiar mi mentalidad no fue suficiente. Tenía que cambiar mi vida.

Si tu vida es un puto desorden, tu trading va a ser un puto desorden. No hay manera de disfrazarlo. ¿Te cuesta levantarte temprano? ¿Te da pereza entrenar? ¿Te tragas basura todo el día? ¿Pierdes horas viendo Netflix o TikTok como un imbécil? Entonces no sueñes con ser rentable, porque no lo vas a ser.

Yo pasé de dormir hasta las 10:00 a.m. a levantarme antes de las 5:30. Pasé de ser un flojo a alguien que no negocia sus hábitos. ¿Sabes qué entendí? Que la disciplina no es opcional, es el precio mínimo para poder jugar este juego.

Si no eres capaz de controlar tu cama, menos vas a controlar una cuenta. Si no eres capaz de controlar lo que metes en tu boca, menos vas a controlar el click cuando estás en drawdown. Si no eres capaz de dejar el celular y la puta distracción, menos vas a dejar correr una operación en calma.

El mercado no perdona a los mediocres. No le importa que “quieras” dinero, no le importa tu necesidad, no le importa tu triste historia. Te mide por lo que haces, no por lo que dices. Y si lo que haces es vivir como un vago, entonces eres —y seguirás siendo— un perdedor.

No hay magia, no hay estrategia secreta, no hay mentor salvador. Hay disciplina o hay fracaso. Y si no tienes disciplina, vas a seguir donando tu dinero a los que sí la tienen.

El que no cambia sus hábitos está muerto en el mercado. Así de simple.

La cuarta lección: dejarlo todo para crecer

Tuve que soltar personas, rutinas y excusas.

No fue bonito, no fue fácil, y mucho menos cómodo. Pero entendí que nadie llega lejos cargando con todo lo que le pesa.

Hace poco hablé con un amigo de años, de esos con los que compartía panes con gaseosa después de hacer trasteos y soñábamos con “lograrlo”. Éramos felices en esa época, sí... pero entendí algo brutal: la felicidad de antes no me iba a llevar a la vida que quiero hoy.

La comodidad de esas tardes de risa, de distracción, de sueños baratos... era el mismo veneno que me podía mantener estancado.

Para crecer tuve que dejarlo todo:

- Dejé amistades que no entendían mi proceso.
- Dejé rutinas de mierda que me robaban tiempo.
- Dejé excusas con las que me justificaba cada fracaso.

Aprendí a amar mi soledad. No una soledad romántica, no: la soledad real, esa que pesa, que incomoda, que te hace cuestionarte a las tres de la mañana si vale la pena seguir. Esa es la soledad que vive un trader. Y es dura. Te arranca pedazos de piel, te deja cicatrices. Pero también es la que te forja.

Mientras muchos salen de fiesta, yo estoy frente a la pantalla estudiando. Mientras otros se despiertan tarde, yo ya tengo horas de lectura encima. Mientras mis viejos amigos siguen repitiendo la misma rutina de siempre, yo sigo construyendo algo que ellos no entienden.

Esa es la diferencia entre el que crece y el que se queda. El que crece paga el precio: soledad, sacrificio, incomprensión. El que se queda, vive barato, vive cómodo, pero muere con las manos vacías.

Dejarlo todo no fue perder. Fue renacer. Y aunque a veces duela mirar atrás, sé que el camino correcto siempre es el que te obliga a soltar. Porque en este juego, el peso más caro no son las pérdidas en el mercado... son las cadenas de lo que no quieres dejar ir.

PARTE IV: El Renacer

Morir no siempre significa dejar de respirar. A veces la muerte llega en silencio, disfrazada de rutina, de metas vacías, de victorias que ya no saben a nada. Es ese instante en el que te das cuenta de que la vida que llevabas ya no tiene sentido, que todo lo que fuiste ya no encaja con lo que quieres ser. Es un quiebre sin sangre, un duelo sin funerales, un grito que nadie escucha pero que te retumba por dentro.

Ese día yo también morí. Morí al ego que me hacía correr por validación. Morí a la codicia disfrazada de éxito. Morí al personaje que construí para agradar y aparentar. No hubo lágrimas en público ni despedidas solemnes. Fue una muerte interna, brutal y silenciosa, una de esas que nadie ve pero que lo cambia todo.

Pero no morí para desaparecer. Morí para entender. Morí para soltar. Morí para abrir espacio. Fue en ese vacío donde encontré la chispa del renacer, donde entendí que para poder construir la vida que soñaba primero debía demoler al hombre que ya no era.

Renacer no es volver a nacer desde cero; es atreverte a reescribir tu historia, a reconstruirse desde tus ruinas, a levantar un nuevo yo sobre las cenizas del viejo. En ese momento, sin aplausos ni testigos, empecé mi propia resurrección: un proceso de reconstrucción lenta, dolorosa, pero real.

Renacer duele, porque implica enterrar excusas, soltar identidades viejas y mirar de frente a la verdad: nadie va a salvarte, nadie va a construir tus sueños por ti. Y cuando lo entiendes, algo dentro de ti cambia para siempre.

Mi renacer no fue mágico ni inmediato, fue una maldita guerra. Fue perderlo todo, caer tan bajo que hasta me dio asco verme en el espejo. Fue llorar hasta quedarme seco, gritarle a la vida, a Dios, al puto destino, preguntando “¿por qué carajos me pasa esto?”. Fue quedarme sin fuerzas, sin ganas, sin nadie que me levantara. Ahí entendí que el suelo no era el final, era la puta incubadora donde me estaba gestando de nuevo.

El suelo era frío, duro, humillante. Me hizo tragar mi ego, mis máscaras, mis excusas. Pero también fue el vientre de una nueva versión de mí, una versión que no se alimentaba de lástima ni de validación ajena. Ahí, en la mugre, en la soledad, en la oscuridad, nació un yo más fuerte, más consciente, más real.

Ese fue mi renacer: sin filtros, sin frases motivacionales de Instagram, sin gente aplaudiendo. Solo yo, mi dolor y mis decisiones.

Creí que lo tenía todo claro. Había logrado retirar dinero del trading, había probado el sabor de “ganar”. Pero en el fondo estaba vacío. Me había abandonado a mí mismo: solo trabajaba por dinero, solo buscaba sumar ceros a la cuenta, como si eso definiera mi valor. Y fue ahí cuando entendí que Dios me estaba mostrando algo: ese no era el verdadero camino.

Después vino la caída. Perdí relaciones, perdí dinero, y lo más doloroso: perdí mi relación con Dios. Fue como caminar en un desierto sin rumbo, donde cada victoria financiera se sentía hueca, y cada derrota me recordaba lo frágil que era todo lo que había construido.

Entonces me vi obligado a soltar. Dejé la creencia absurda de que mi valor dependía de lo que otros pensarán de mí. Dejé de correr tras la validación externa y empecé a vivir con propósito. Mi propósito ahora era claro: demostrar y enseñar que sí es posible vivir la vida de los sueños, pero desde dentro hacia afuera, no desde afuera hacia adentro.

Ese fue mi renacer. No como un ave fénix ni como una semilla. Mi renacer fue como ese niño que alguna vez no tuvo nada, pero que encontró en su vacío la fuerza suficiente para construirlo todo. Ese niño que no se rindió, que se convirtió en el motor de mi lucha, en la chispa de mi determinación.

Hoy entiendo que merezco la vida de mis sueños. Dejé de pensar en escasez y aprendí a vivir en abundancia. Aprendí que no se trata de cuánto ganas, sino de quién eres mientras lo construyes. Porque si no te construyes primero a ti mismo, nada de lo que ganes tendrá sentido.

Y quiero que tú, que lees estas palabras, lo entiendas: puedes empezar de cero cuantas veces sea necesario. El verdadero fracaso no es caer, es negarse a renacer.

Capítulo 10: Construyendo disciplina y control mental

La disciplina no es un hábito bonito para poner en una agenda ni un post-it pegado en la nevera. La disciplina es una guerra interna. Es aprender a callar la voz que te dice *“mañana empiezo”* y reemplazarla por un *“hoy de una vez”*. Es odiarte un poco cuando quieres rendirte, pero amarte lo suficiente como para no hacerlo.

El control mental es todavía más cabrón. No se trata de “pensar positivo” como los gurús baratos predicán, sino de entrenar tu cabeza para no romperte en medio del caos. En trading, en la vida, en todo... Tu peor enemigo no es el mercado, no es la mala suerte, no son los demás: eres tú, tus emociones, tu falta de autocontrol.

La disciplina es repetición con intención, y el control mental es resistencia ante la tormenta. ¿Quieres ganar? Empieza a poner reglas a tu propia mente. Sin eso, serás esclavo de cada impulso, cada excusa, cada puta distracción.

Construir disciplina no es fácil, es doloroso. Requiere levantarte cuando no quieres, seguir cuando todo parece ir en contra, y tragarte el orgullo cuando fallas. Y construir control mental no se trata de leer frases bonitas ni de repetir mantras frente al espejo. Se trata de mantenerte firme cuando todo parece ir en tu contra, de tragarte el orgullo cuando fallas y de seguir adelante aunque tu mente grite *“¡basta!”*.

Y es precisamente ahí donde nace la verdadera disciplina.

1. Haz lo que dijiste que ibas a hacer, aunque no tengas ganas

La disciplina no se mide en los días de motivación, sino en los días donde quieres mandar todo al carajo. Si dijiste que ibas a estudiar 2 horas, entrenar o seguir tu plan de trading, lo cumples. No porque sea cómodo, sino porque tu palabra es tu espada.

2. Entrena tu resistencia al dolor y la incomodidad

La mente débil busca placer inmediato; la fuerte tolera el dolor temporal por la recompensa mayor.

3. Reglas inquebrantables

No hay disciplina sin reglas. El caos se ordena con límites, y si no te los pones, te los pondrá la vida a golpes.

4. Domina tus impulsos

El control mental se gana en los segundos donde tu cuerpo y tu mente te gritan “hazlo” y tú respondes “todavía no” o “eso no”

5. Fracasa con dignidad, pero levántate más cabrón

La disciplina no significa no caer; significa no quedarte tirado. Cada error es gasolina si sabes usarlo

6. Entrena tu mente como entrenar un músculo

No pretendas tener control mental sin practicarlo. Esto es repeticiones, como en el gimnasio.

Capítulo 11: El poder de la paciencia y la gestión del riesgo

El trading no se gana con prisa, se gana con paciencia. El que quiere hacerse millonario en un mes termina siendo el idiota que pierde todo en una semana. El mercado siempre premia al que espera y castiga al desesperado.

La prisa es el veneno más silencioso del trader. Es esa voz que te dice *“si entro ahora, seguro gano rápido”*, y termina siendo el principio del fin. La prisa convierte la estrategia en improvisación, la lógica en emoción y el plan en un simple impulso. Y los impulsos cuestan dinero.

La paciencia, en cambio, es la verdadera ventaja que casi nadie tiene. Porque mientras el impaciente salta de entrada en entrada como un adicto buscando adrenalina, el paciente espera como un francotirador: en silencio, inmóvil, sin gastar balas... hasta que aparece la oportunidad perfecta. Y ahí, solo ahí, aprieta el gatillo.

El que no tiene paciencia quiere que el mercado le obedezca, y el mercado no obedece a nadie. El mercado es un animal salvaje: si corres detrás de él, te destroza; si lo observamos y entendemos sus movimientos, puedes aprovecharlos. El trader paciente no se enamora de ninguna operación, sabe que siempre habrá otra. El desesperado cree que esta es la última y que si no entra ya, se pierde “la gran oportunidad de su vida”. Esa mentalidad es la que lo lleva a joder su cuenta una y otra vez.

El dinero rápido en trading es una trampa. El mercado te puede regalar un par de operaciones buenas al inicio, y justo ahí es cuando se cobra caro: te hace creer que eres invencible. Esa falsa confianza mata más cuentas que los malos análisis. El que no sabe esperar se convierte en carne fresca para los tiburones del mercado.

La paciencia no es pasividad, no es sentarse a esperar un milagro. La paciencia es acción contenida, es disciplina en estado puro. Es mirar la pantalla y decir: *“sé que hoy no opero, porque hoy no hay nada claro”*. Y eso, aunque parezca aburrido, es lo que mantiene viva tu cuenta.

El mercado está diseñado para que el impaciente pierda. Porque el impaciente entra sin esperar confirmación, arriesga más de lo que debe y sale en pánico cuando ve la primera vela en contra. En cambio, el paciente entiende que cada operación es solo una de miles. Que no necesita ganar hoy, necesita ganar en el largo plazo.

La diferencia es brutal:

- El impaciente quiere dinero ya y termina vacío mañana.
- El paciente construye poco a poco, y un día se da cuenta de que ya es libre.

El mercado no es un casino, aunque muchos lo tratan como tal. El mercado es un juez implacable: si lo enfrentas con prisa, te ejecuta; si lo enfrentas con paciencia, te recompensa.

Cuando empecé en trading no tenía nada, ni experiencia ni capital. Empecé con 10 dólares, y esos 10 los quemaba en cuestión de horas. ¿Por qué? Porque veía en redes sociales a tipos mostrando que ganaban miles en minutos y yo quería lo mismo. No tenía paciencia, quería multiplicar mi cuenta en un día, quería demostrarle al mundo que yo también podía. ¿El resultado? Cuentas quemadas una tras otra.

volvemos a los 3,000 dólares, que en cuestión de horas los perdí todos por la maldita impaciencia. No esperé confirmación, no respeté riesgo, solo vi una vela y entré como un loco. Cuando la cuenta se fue a cero, sentí un vacío brutal en el pecho. Era una mezcla de rabia, culpa y vergüenza conmigo mismo.

Ese golpe me cambió. Me obligó a entender que si no aprendes a gestionar lo poco, jamás vendrá lo mucho. Y entonces descubrí el verdadero poder de la paciencia. Lo comprobé en carne propia: un trade en Crash 300 con análisis macro me dio 8,000 dólares en una sola entrada. Otro en oro, donde tuve la disciplina de esperar y el control para no salir antes, me pagó un ratio 1/22. Eso no fue suerte. Fue paciencia. Fue esperar como francotirador en silencio hasta que llegó la oportunidad perfecta.

El trading me enseñó que la prisa mata y la paciencia paga. Lo entendí tarde, después de perder lo que no debía, pero lo entendí. Por eso hoy sé que el gráfico me quitará lo que la paciencia me puede dar.

La paciencia es un arma. Es aprender a no hacer nada cuando tu ego grita “entra ya”. Es entender que no todas las oportunidades son tuyas, que perderte una operación es mejor que perder tu cuenta. En trading, la paciencia no es virtud... es supervivencia. La gestión del riesgo es la otra cara de la moneda. No es opcional, es ley. Quien no la respeta está condenado a morir. No importa lo bueno que seas analizando, si arriesgas más de lo que puedes soportar, vas a quebrar. Punto.

El problema es que la mayoría no quiere paciencia ni gestión, quiere adrenalina. Pero la verdad es dura: la impaciencia es la gasolina de los que pierden, y el riesgo mal administrado es la soga en su cuello.

Capítulo 12: Pequeñas victorias, grandes lecciones

En el camino muchas veces sentí que no avanzaba nada, que todo esfuerzo era en vano. Pero un día entendí que las grandes transformaciones no nacen de un solo golpe de suerte, sino de esas pequeñas victorias que parecen insignificantes, pero que por dentro te cambian la vida.

Una pequeña victoria fue levantarme un día sin ganas y aún así cumplir con mi rutina. Otra fue ver una cuenta en trading sobrevivir una semana entera sin que la quemara. Otra, tan simple como decirle “no” a una operación que me tentaba, pero que no cumplía con mis reglas. Parecen tonterías, pero cada una de esas decisiones fue un ladrillo que me sostuvo cuando todo lo demás se caía.

Aprendí que esas pequeñas victorias son la verdadera gasolina de la paciencia. Son las que te enseñan que, aunque no estés donde quieres, ya no estás donde estabas. Y eso ya es un triunfo.

Una vez recuerdo haber ganado apenas 5 dólares en el mercado. Cualquiera podría reírse de eso, pero para mí fue un logro gigante. Porque no se trataba de la cantidad, sino de la

prueba de que podía ganar sin arriesgarlo todo, sin dejarme llevar por la ansiedad. Ese día entendí que el éxito no estaba en el número, sino en el control que ejercía sobre mí mismo.

Cada victoria, por pequeña que sea, trae una lección escondida. La victoria de esperar me enseñó disciplina. La victoria de perder poco en lugar de todo me enseñó gestión. La victoria de cerrar la pantalla a tiempo me enseñó respeto por mí mismo. Y juntas, esas victorias mínimas fueron levantando una fortaleza que ni las peores derrotas pudieron destruir.

El problema es que vivimos obsesionados con el gran golpe: el trade que nos hará millonarios, el día que todo cambiará, el momento en que la vida nos sonreirá de una sola vez. Pero la realidad es otra: los gigantes no se construyen de la noche a la mañana, se construyen ladrillo a ladrillo, paso a paso, victoria a victoria.

Y lo más duro de todo es que cuando mires atrás, te darás cuenta de que esas pequeñas victorias fueron más importantes que los grandes triunfos. Porque fueron ellas las que te hicieron avanzar cuando nadie lo notaba, fueron ellas las que te sostuvieron cuando estuviste a punto de rendirte.

Las pequeñas victorias no son pequeñas. Son el terreno donde se forja el carácter, son las cicatrices invisibles que cuentan que sobreviviste. Y si hoy celebras una, aunque sea mínima, entiende algo: ya estás más cerca del lugar al que quieres llegar.

Y ahora quiero que pienses en ti. Sí, en tu vida, en tu proceso.

¿Cuántas veces te has levantado sin ganas y aun así cumpliste con lo que dijiste que ibas a hacer? Esa es una pequeña victoria.

¿Cuántas veces, aunque todo estaba en tu contra, lograste ahorrar un poco en lugar de gastarlo todo? Esa también es una victoria.

¿Cuántas veces cerraste la boca en vez de discutir, aunque tu ego ardía por ganar la pelea? Eso es una victoria de control.

¿Cuántas veces te quedaste estudiando cuando todos los demás se iban de fiesta? Eso también es una victoria, aunque nadie la aplauda.

El problema es que no las valoras, porque no traen fuegos artificiales ni aplausos. Pero esas pequeñas batallas ganadas son las que están escribiendo la historia de quién eres. Son las que te separan de la versión mediocre de ti mismo.

Si alguna vez lograste decir “no” a una distracción, “no” a una operación impulsiva, “no” a ese placer inmediato que podía joderte... entonces ya entiendes lo que digo. Son esas victorias silenciosas las que te están entrenando para algo más grande.

Mírate con honestidad: no necesitas esperar a que llegue *el gran momento*. El gran momento se está construyendo cada día con esas pequeñas decisiones que parecen nada, pero que juntas lo son todo. Cada vez que eliges disciplina en lugar de comodidad, estás ganando. Cada vez que eliges paciencia en lugar de prisa, estás ganando. Cada vez que eliges respeto propio en lugar de autoengaño, estás ganando.

Y lo mejor es que esas victorias no dependen del mercado, del dinero o de la suerte: dependen solo de ti.

Parte V: Mi Filosofía Hoy

Hoy no soy el mismo que empezó con diez dólares y una ilusión barata alimentada por videos de YouTube. Tampoco soy el tipo desesperado que quemaba cuentas una tras otra creyendo que todo se trataba de velocidad. Soy el resultado de mis cicatrices, de mis noches sin dormir, de mis errores repetidos hasta aprender la lección.

Aprendí que el trading no es un juego de dinero, es un juego de carácter. Que los gráficos no mienten, pero tu mente sí. Que el verdadero enemigo no es el mercado, sino tu impaciencia, tu ego y tus ganas de demostrarle a otros lo que aún no has construido dentro de ti.

Mi filosofía hoy es simple pero dura:

- No corro detrás del dinero, porque el dinero siempre corre más rápido que quien lo persigue desesperado.
- Corro detrás de la disciplina, porque ella siempre me alcanza con resultados.

- No busco hacerme millonario en un mes, busco no volverme un idiota en una semana.
- No persigo la aprobación de otros, persigo la aprobación de mi yo interno, ese que sé que no puedo engañar.

He entendido que el éxito no está en el trade que te da miles, sino en el que eres capaz de cerrar con pérdidas controladas, sin temblar, sin odiarte. Que ganar no es acumular, ganar es resistir. Y que la paciencia, aunque parezca aburrida, es la única estrategia que siempre paga.

Hoy vivo con esta verdad tatuada: *si no soy capaz de gestionar lo poco, jamás veré lo mucho*. El que se ahoga con diez dólares se ahogará con diez mil. El que pierde el control en una cuenta pequeña, lo perderá en una grande. Por eso mi batalla siempre será conmigo mismo, no con el mercado.

Y fuera del trading, mi filosofía es igual:

- Prefiero la constancia antes que la emoción.
- Prefiero ser honesto aunque duela, que aparentar lo que no soy.
- Prefiero caminar lento pero firme, que correr rápido hacia un abismo.

Mi filosofía hoy es no olvidar nunca al joven con zapatos rotos que soñaba desde el bus en Fontibón. Él fue el que me sostuvo cuando no tenía nada. Y es a él a quien no pienso traicionar, porque ese sueño sigue siendo mi gasolina.

Si algo quiero dejarte a ti, que lees estas líneas, es esto: el trading es solo un reflejo de la vida. Y si aprendes a dominar la paciencia, la disciplina y el control en el gráfico, también aprenderás a dominar tu mundo interno. No te engañes: no se trata de dinero, se trata de en quién te conviertes en el proceso.

Hoy puedo decirlo sin miedo: mi filosofía es que el mercado nunca me va a quitar lo que la paciencia me puede dar.

Capítulo 13: Trading: más que dinero, una guerra interna

La gente cree que el trading es cuestión de saber dónde comprar y dónde vender. Que todo se reduce a gráficas, velas verdes y rojas, y a tener “la estrategia secreta”. Pero la verdad es otra: el trading es una guerra, y el campo de batalla no está en la pantalla, está dentro de ti.

Cada clic es un espejo de quién eres: tu paciencia, tu miedo, tu avaricia, tu disciplina. El mercado no te roba nada, simplemente te muestra lo que eres incapaz de controlar. Si eres impulsivo, te lo arranca en segundos. Si eres arrogante, te humilla en minutos. Si estás desesperado, te deja en la ruina en horas.

No se trata de dinero, se trata de lo que el dinero despierta en ti: la impaciencia por tenerlo rápido, el ego de querer mostrarlo, el vacío de usarlo como parche para tu inseguridad. Esa

es la verdadera guerra: ¿puedes controlar tus demonios internos o vas a dejar que ellos te controlen a ti?

El trading me enseñó que la lucha no era contra el mercado, era contra mi mente que me decía “entra ya”, “súbele el lote”, “recupérate como sea”. Era contra ese Julián ansioso que quemaba cuentas porque no entendía que lo que destruye no son los números rojos, sino la falta de carácter. Pero también era contra ese ego hambriento que nunca estaba satisfecho. Yo ganaba y no celebraba, solo pensaba en lo que “faltaba”. Cerraba en verde y en vez de agradecer, me castigaba con la idea de que “pude haber hecho más”. Ese maldito vacío me cegaba, me hacía olvidar todo lo que había avanzado, todo lo que ya había superado. Y así, en vez de sentir gratitud, sentía carencia. En vez de reconocer que estaba creciendo, me hundía en la ansiedad de que nunca era suficiente. Esa fue una de las lecciones más duras: que el trading no solo revela tu disciplina, también desnuda tu ego. Y si no aprendes a silenciarlo, te convierte en esclavo de tu propia ambición.

Con los años entendí que cada operación era un campo de batalla emocional. Que el verdadero trader no es el que gana dinero, sino el que gana control. El que logra esperar, el que acepta perder con dignidad, el que es capaz de cerrar la computadora y seguir con su vida sin volverse esclavo de la pantalla.

El trading es más que dinero, es más que gráficas. Es una guerra interna donde, si no aprendes a domar tus sombras, estás condenado a que el mercado te las escope en la cara una y otra vez.

Y aquí va mi verdad: el día que entendemos que la pelea no es contra el mercado, sino contra ti mismo, es el día que dejas de perder.

Capítulo 14: Lo que me llevó del caos a la consistencia

Yo no nací consistente, me tuve que romper para entenderlo. Al principio todo era caos: entraba al mercado sin plan, quemaba cuentas en horas, me movía como un adicto buscando la siguiente vela verde que me diera “la gran ganancia”. Vivía desesperado, con ansiedad en el pecho y la mente acelerada. Y claro, cada día terminaba igual: frustrado, vacío, culpable.

El caos no estaba en el gráfico, estaba en mí. Era yo el que quería correr antes de aprender a caminar, era yo el que quería cosechar antes de sembrar. Era yo el que buscaba atajos donde solo había camino. Y mientras no acepté esa verdad, el mercado me siguió destruyendo.

Lo que me llevó a la consistencia no fue una estrategia mágica ni un indicador secreto. Fue bajarle el volumen a mis impulsos y subirle el volumen a mi disciplina. Fue aprender a esperar, aunque doliera. Fue entender que el control de riesgo no es un consejo bonito, sino un salvavidas. Fue aceptar que perder es parte del juego, y que no soy menos trader por tener un día rojo.

La consistencia empezó el día que dejé de perseguir dinero y empecé a perseguir el control. El día que me levanté y dije: *hoy no voy a demostrarle nada a nadie, solo voy a demostrarme a mí mismo que puedo respetar mis reglas*. Ese cambio de mentalidad fue lo que me salvó.

Hoy miro atrás y entiendo que el caos fue necesario. Porque sin ese dolor, jamás habría valorado la calma. Sin esas pérdidas absurdas, jamás habría entendido el peso de la paciencia. Sin haberme sentido en la ruina, jamás habría apreciado lo que significa levantarse.

Lo que me llevó del caos a la consistencia fue esto: darme cuenta de que el mercado no me debía nada, que era yo el que me lo debía todo a mí mismo.

A veces pensamos que Dios se equivoca con nosotros. Que si nos pone pruebas, caídas, pérdidas, es porque nos olvidó. Pero con el tiempo entendí que nada de lo que viví fue casualidad. Cada noche oscura, cada lágrima, cada cuenta quemada, cada humillación... todo era parte de un plan mucho más grande que yo no alcanzaba a ver.

Dios nunca me puso donde yo quería, me puso donde yo necesitaba estar. Porque si me hubiera dado la "victoria" antes de tiempo, mi ego me habría destruido. Si me hubiera entregado abundancia cuando no sabía administrar, me habría arruinado. Si me hubiera soltado resultados sin carácter, me habría perdido en el camino.

Y ahí comprendí algo brutal: el proceso es la prueba, pero también es el regalo. El proceso es lo único que nos hace dignos de recibir lo que pedimos. Es la fragua donde se forja el carácter, donde se quiebra el orgullo y donde nace la paciencia.

Por eso hoy digo: ama tu proceso. Aunque duela, aunque te frustre, aunque parezca eterno. Porque ese mismo camino que hoy te pesa es el que mañana te va a sostener cuando lleguen los resultados. No puedes cosechar sin sembrar, no puedes llegar a la cima sin pasar por el valle, no puedes tener gloria sin haber pasado por fuego.

Dios nos enseña a su manera, y su manera casi nunca es la más fácil. Pero siempre es la más necesaria.

"Dios no llega tarde ni se equivoca; si hoy estás en el fuego, es porque ahí se forja la versión que mañana recibirá la bendición."

Capítulo 15: El legado: lo que quiero dejar a los nuevos traders

Si llegaste hasta aquí, quiero que sepas algo: este libro no es un manual de fórmulas mágicas, es un testimonio de heridas, caídas y aprendizajes. Y si hoy tengo algo que dejarle a los que empiezan en este camino, no es una estrategia, es una verdad: el trading no se gana en la pantalla, se gana en la mente y en el corazón.

Mi legado no son cifras, son principios. Porque el dinero va y viene, pero lo que queda en ti después de cada pérdida o ganancia, eso es lo que realmente importa. Quiero que los nuevos traders entiendan que la paciencia vale más que cualquier indicador, que la disciplina paga más que cualquier señal, y que el verdadero éxito no es hacerse rico, sino no perderse a uno mismo en el proceso.

A ti que apenas comienzas: no te desesperes por llegar rápido. No te compares con los que muestran lujos en redes. No midas tu valor por un resultado en una cuenta. Tu proceso tiene un propósito, y cada caída es una preparación. Aprende a amar ese camino, porque ahí es donde se forja tu verdadera grandeza.

Si algo quiero que recuerdes de mí, es esto: el mercado nunca va a dejar de ponerte pruebas, pero tú decides si esas pruebas te rompen o te fortalecen.

Este no es el final, es solo una pausa. Porque sé que nos volveremos a encontrar: quizá en un aula, en una conferencia, en un gráfico compartido, o tal vez en la vida misma. Y cuando eso pase, quiero que mires atrás y digas: *valió la pena seguir, valió la pena creer*.

y aunque no me creas me encanta la navidad, me encanta diciembre soy un niño nuevamente porque en las películas de navidad se menciona: no hay que ver para creer, sino creer para ver.

Hasta entonces, sigue firme, sigue aprendiendo, sigue luchando. Porque tu mejor trade todavía está por venir.

Quiero que cuando cierres este libro no me imagines en un escenario, ni frente a una cuenta llena de ceros. Quiero que me recuerdes en ese bus, en Fontibón, con la cabeza apoyada en la ventana, mirando cómo caía la tarde y soñando despierto con que algún día lo iba a lograr. Quiero que te quede esa imagen: un muchacho con los únicos tenis que tenía, con la mirada perdida, pero con un fuego dentro que nadie podía apagar.

Quiero que sepas que el trading no es glamour, es soledad. Es llorar tus pérdidas solo, sin que nadie lo entienda. Es quedarte en silencio en tu cuarto cuando todo sale mal. Y a veces, incluso cuando logras lo que querías, sigues estando solo, porque casi nadie entiende la locura en la que estás, ese sueño que te quema por dentro.

En mis peores momentos, cuando pensé en rendirme, no fue una cuenta en verde la que me sostuvo, fueron los ojos de mi madre. Verlos me recordaba que aunque no fui lo que ella soñó en un diploma, sí podía serlo en la vida. Que aunque no tuviera universidad, podía darle orgullo, podía darle paz. Eso fue mi motor cuando ya no podía más.

Hoy, si pudiera abrazar al Julián de los 10 dólares, lo miraría a los ojos con tanto amor y le diría: *hijueputaaaa, lo logramos*. Gracias por no rendirte, gracias por seguir con el mismo hambre de esos 10 dólares. Mira dónde estamos, Julián: estamos viviendo lo que soñamos. Sí era este el camino. Valió la mierda que tuvimos que pasar.

Y ahora que llego a esta última página, quiero confesarte mi mayor sueño: enseñar a millones de personas que el trading puede salvarte la vida, pero que primero te la tienes que salvar tú. Que antes de ganar en el gráfico, tienes que ganar por dentro.

Este libro no termina aquí, sigue contigo. Llévalo en silencio, en tus noches largas, en tus operaciones difíciles. Léelo cuando dudes, cuando caigas, cuando pienses que no puedes más. Y acuérdate de mí en ese bus, con esos tenis, soñando despierto. Porque si yo pude, tú también puedes.

No es el mercado el que te va a romper, eres tú si no aprendes a amarte en el proceso. No pierdes cuando ves la cuenta en rojo, pierdes cuando dejas de creer en ti. El trading no te va a regalar nada, te va a desnudarte, te va a romper, te va a escupir en la cara... y solo si aguantas, te va a convertir en alguien que ya nada ni nadie podrá doblegar. Porque el verdadero éxito no es ganar dinero, es no rendirse jamás cuando todo grita que lo hagas.

Y si alguna vez sientes que no puedes más, recuerda que yo también estuve ahí: solo, cansado, con la cuenta rota y el alma hecha pedazos. Y aun así, seguí. Porque de eso se trata, de no dejar que el mercado te quite lo más valioso: tu fe en ti mismo.

Este no es un adiós, es apenas una pausa en el camino. Tal vez nunca nos conozcamos en persona, pero si este libro llegó a ti, ya estamos conectados en esta misma locura.

Con amor, con cariño, desde la distancia,
Julián Rodríguez